

# ¿Por qué escribo?

Selección de textos producidos en  
los talleres de la UNLP (2013-2016)

Compilación y edición: Analía Pinto



# *¿Por qué escribo?*

Selección de textos producidos en los talleres  
de la UNLP (2013-2016)

TALLER DE LECTURA Y ESCRITURA  
TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

*Compilación y edición: Analía Pinto*

PROSECRETARÍA DE BIENESTAR UNIVERSITARIO  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

2016

¿Por qué escribo? : selección de textos producidos en los talleres de la UNLP  
2013-2016 / Karina Álvarez Tedín ... [et al.] ; compilado por Analía Pinto ;  
editado por Analía Pinto. - 1a edición para el alumno - La Plata : Universidad  
Nacional de La Plata, 2017.  
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-950-34-1445-3

1. Talleres Literarios. 2. Escritura. 3. Enseñanza. I. Tedín, Karina Álvarez II. Pinto,  
Analía, comp. III. Pinto, Analía, ed.  
CDD 807

Autores de los textos: Karina Álvarez Tedín; Gastón Ambrogi; Gimena Antúnez; Mariano  
Barros Cortés; Germán Bogado; Florencia Bovari; Luli Cattáneo; Lucio Centineo; Alexis Code  
Capristo; Ayelén Correa Carranza; Emilia Corrons; Victoria Cotarelo; María Fernanda  
Chambueta Cardozo; Ignacio Champane; Macarena Chandía; Cristian De Cicco Genaro;  
David Der Dunkenheilt; Federico De Stefano; Melanie Eidintas; Lucila Faranna; Aldo Frutos;  
Joaquín Gerber; Santiago González; Aluminé Gorgone; Carlota Gutiérrez García; Leandro  
Herce; Sabrina Hochman; Gisela Huaracallo; Yemina Juri Ayub; Magalí Knopoff; Carolina  
Elizabeth Marder; Candela Mezzano; Romina Belén Negri Montes; Florencia Ojeda; María  
José Pereira; Andy Pujol; Romina Rambosio; Francisco Riegler; Tatiana Rodríguez; Esteban  
Rodríguez Kirs; Fabricio Saavedra; Anabella Sauer; Matías Scheider; Axel Uhalde; Vanesa  
Vieira; María Vignoni; Agustina Zerial.

Compilación, edición y corrección: Analía Pinto

Diseño de tapa: María del Pilar Gómez

Puesta en línea: [SEDICI](#) y [Portal de Libros](#) (UNLP)

# Universidad Nacional de La Plata

<i>Presidencia</i>	LIC. RAÚL ANÍBAL PERDOMO
<i>Vicepresidencia Área Institucional</i>	DR. FERNANDO ALFREDO TAUBER
<i>Vicepresidencia Área Académica</i>	PROF. ANA MARÍA BARLETTA
<i>Secretaría General</i>	DR. LEONARDO GONZÁLEZ
<i>Prosecretaría de Bienestar Universitario</i>	ARQ. MARÍA LUISA CERUTTI

ÁLVAREZ TEDÍN, KARINA

AMBROGI, GASTÓN

ANTÚNEZ, GIMENA

BARROS CORTÉS, MARIANO

BOGADO, GERMÁN

BOVARI, FLORENCIA

CATTÁNEO, LULI

CENTINEO, LUCIO

CODE CAPRISTO, ALEXIS

CORREA CARRANZA, AYELÉN

CORRONS, EMILIA

COTARELO, VICTORIA

CHAMBUETA CARDOZO, MARÍA FERNANDA

CHAMPANE, IGNACIO

CHANDIA, MACARENA

DE CICCIO GENARO, CRISTIAN

DER DUNKENHEILT, DAVID

DE STEFANO, FEDERICO

EIDINTAS, MELANIE

FARANNA, LUCILA

FRUTOS, ALDO

GERBER, JOAQUÍN  
GONZÁLEZ, SANTIAGO  
GORGONE, ALUMINÉ  
GUTIÉRREZ GARCÍA, CARLOTA

HERCE, LEANDRO  
HOCHMAN, SABRINA  
HUARACALLO, GISELA

JURI AYUB, YEMINA

KNOPOFF, MAGALÍ

MARDER, CAROLINA ELIZABETH  
MEZZANO, CANDELA

NEGRI MONTES, ROMINA BELÉN

OJEDA, FLORENCIA

PEREIRA, MARÍA JOSÉ  
PUJOL, ANDY

RAMBOSIO, ROMINA  
RIEGLER, FRANCISCO  
RODRÍGUEZ, TATIANA  
RODRÍGUEZ KIRS, ESTEBAN

SAAVEDRA, FABRICIO  
SAUER, ANABELLA  
SCHEIDER, MATÍAS

UHALDE, AXEL

VIEIRA, VANESA

VIGNONI, MARÍA

ZERIAL, AGUSTINA



# Índice

Autores	5
Índice	8
Presentación	12
Selección de textos	14
Instrucciones para despertarse	15
Cinco kilómetros de tristeza	16
Losrulo'	18
El cebador de mate	19
Él y yo	21
Decálogo del estudiante universitario	23
Instrucciones para parecer inteligente	25
Maldito eres entre todos los trámites	27
Autobiografía	29
¿Por qué escribo?	30
Entre gatos y miedos	31
Interrogatorio a una rata de alcantarilla	32
Carta	33
Autobiografía	34
Por qué escribo	35
El que se tira a vivo	36
Las cosas que odio	38
Las cosas que amo	39
Wild is the Wind	40
Jano	41
El genio manzana	42
Quién(es) soy	43
El inflador	44
<i>Martín Fierro</i> : un canto desolado	46
Instrucciones para enamorarse	47
Instrucciones para abrir una puerta	49

Instrucciones para ir al bingo	51
Presentación	53
Usted está aquí	54
Los multiversos	55
Aluminé	57
Mi vida sin mí	58
Decálogo del Buen Empleado Público	59
Por qué escribo	60
Diálogos con la tostadora	61
Ultimátum	63
Algunas consideraciones acerca del uso...	64
Instrucciones para no morir	66
Diálogo	67
Caligrama (Café)	69
Universos distintos	70
Entrevista a Enjolras ( <i>Los miserables</i> )	71
El mate	75
Betty	76
Instrucciones para ponerse el pantalón	78
Presentación	80
Cuando me conocí	81
Hoy	82
Aplausos	83
Apología de la anosmia	84
Caligrama (Insomnio)	86
$4n - (n-1)$	87
Sabores de la infancia	89
Ginkgo biloba	91
Carta	93
Año Nuevo	94
Check-in	95
Crónica de un invasor inocuo	97
Gajos de su boca	100
Erfurt, Thüringen	101
La congestión nasal	103

Por qué escribo	105
No me gusta	106
La caída	108
Caligrama (Abeja)	110
Comprar una cosita en el almacén...	111
El viento	113
Instrucciones para lavarse los dientes	114
Cada uno se transforma en aquello que busca	115
Me gustan las rosas azules	116
El corazón en la boca	117
Queremos tanto a Julio	118
La recibida	119

*Consideramos fundamental que el espíritu del bienestar de la comunidad universitaria se centre en la creación de espacios de expresión, de participación y de integración para los estudiantes de nuestra universidad; espacios que les permitan conocer, explorar o descubrir nuevas formas de ser en el mundo, de compartir la experiencia y enriquecerse a partir de la experiencia de los demás.*

*El programa de talleres gratuitos para alumnos de todas las carreras de grado de la UNLP que llevamos adelante desde la Prosecretaría de Bienestar Universitario es una instancia de ello.*

*Comenzamos en el año 2009 con una oferta modesta, pero variada, que permitía acercar a nuestros estudiantes a disciplinas por lo general poco contempladas en la oferta académica de nuestra universidad. Con el paso de los años el interés por los talleres creció tanto que fuimos sumando nuevas propuestas para incluir, por un lado, las inquietudes específicas que nos traían los estudiantes y, por el otro, para hacer posible que todos los interesados tuvieran un lugar de participación en el programa. El Taller de Lectura y Escritura, primero, y el Taller de Escritura Creativa en la Biblioteca Euforión, unos años más tarde, ambos pensados y llevados adelante por Analía Pinto, son ejemplos de ello; ejemplos ante todo de cuán significativo y transformador para las personas puede volverse un espacio a lo largo del tiempo si recibe la justa combinación de compromiso, dedicación y saber.*

*Esta primera edición (y selección) de los trabajos escritos por los alumnos de los talleres de Lectura y de Escritura de la UNLP es una muestra, que nos enorgullece, de todo ese camino recorrido. Esperamos que lo disfruten.*

Prosecretaría de Bienestar Universitario (UNLP)

## *Presentación*

Este libro es una selección de los trabajos escritos por los alumnos en los talleres literarios que desde el año 2013 tengo el honor de dar, gracias a la Prosecretaría de Bienestar Universitario de la UNLP. El primero de ellos fue el Taller de Lectura y Escritura, que duró sólo un semestre y sirvió como prueba piloto. Al año siguiente, el taller se repitió con la característica que mantuvo hasta el año en curso: brindar la oportunidad de leer (y en muchos casos, releer) autores argentinos, además de ofrecer la posibilidad de escribir textos a partir de lo leído. De ese modo surgieron muchas de las consignas que podrán verse a continuación, como la de redactar instrucciones para tareas cotidianas, desde luego inspirada en las «Instrucciones para llorar» y otros textos similares de Julio Cortázar. Otras consignas, como la de escribir aguafuertes, quisieron ser también pequeños homenajes a los escritores que leíamos a lo largo del taller.

El año pasado se sumó, para alegría de quien esto escribe, el Taller de Escritura Creativa, en el que se le dio rienda suelta a la elusiva y siempre desafiante creatividad de cada uno de los asistentes, con una novedad respecto al otro taller: además de estar dirigido a los alumnos de grado de la UNLP, también se abrió a la comunidad en general y se brindó en un espacio sumamente agradable y propicio, como la Biblioteca Euforión. La participación de personas no necesariamente vinculadas a la universidad produjo una sinergia deslumbrante, al poner en relación otros saberes, otras experiencias y puntos de vista diametralmente opuestos. Las clases se volvieron un verdadero laboratorio de creaciones escritas del que este libro es apenas un reflejo, pero que pueden observarse en consignas como escribir a partir de la frase «Cada cual se convierte en aquello que busca» o en los caligramas que compusieron, en el momento, los alumnos del taller este año.

Muchas consignas, lamentablemente, no han podido ser reproducidas en este libro por diversos factores, pero de todos modos el sólo hecho de ofrecer esta selección (necesaria selección en tanto muchos textos no estaban terminados, eran esbozos, no habíamos alcanzado a corregirlos y otras cuestiones) es un orgullo inmenso para mí, en tanto muestra que hay una reserva inagotable de creación, dinamismo, fuego, humor, furia, rebeldía y lucidez en los alumnos de la UNLP así como en la comunidad que está en contacto con nuestra universidad.

Para finalizar, una observación acerca del título del libro. Responder a la pregunta «¿Por qué escribo?» es una de las consignas que siempre me gusta ofrecer a mis alumnos, en este caso inspirada en esa misma pregunta que el diario *El País* de España le formuló a numerosos escritores de renombre hace unos años (ver [aquí](#)) y que siempre me sorprende y maravilla con la diversidad de respuestas que una misma pregunta (una misma consigna) dispara.

La misma diversidad que tratan de reflejar estas páginas que fueron seleccionadas y editadas con enorme cariño y como una forma de retribuir todo lo inenarrable que mis alumnos me han brindado en estos años.

Analía Pinto

*Diciembre de 2016*

*Selección de textos*

# Instrucciones para despertarse

Suponiendo que el sueño sea tranquilo y se haya descansado, lo esencial para despertarse es tomar conciencia de que hay que abrir los ojos. Esto puede ser difícil. Los párpados pueden pesar, y la imaginación puede querer seguir hilvanando sueños en una historia interminable que nada tiene que ver con la realidad. La cama invita a acurrucarnos, y las cortinas se visten de noche. Su mente abraza con mucha felicidad la ilusión que le brinda la almohada. Pero el mundo sigue, y usted en él. Trate de recordar esto. El día empieza cuando se abren los ojos. Así que haga el esfuerzo. Si necesita evidencias para distinguir las realidades, mire el aparatito ese en la mesita de luz cuyas agujas dieron ya una vuelta entera y que constituye prueba infalible de que la Tierra no paró de girar por la noche para dejarlo dormir por siempre. El sol lo llama, y para verlo hay que abrir los ojos.

Una vez logrado este objetivo, que no es menor, lo siguiente es desplazar las sábanas a los pies y sacar al cuerpo de ese entumecimiento de calor que no se consigue en otro lugar y momento que no sea con su acolchado preferido. A continuación, lo que sigue es bajar los pies de la cama. Si usted no es supersticioso, las formas de hacer esto lo tendrán sin cuidado, pero si su situación es la opuesta, pondrá mucho recaudo en que el primer pie que toque el suelo sea el derecho. Sobre todo si el día en el que quiere despertar es lunes y a lo que se enfrenta es toda una semana. Habrá de ser muy cuidadoso de empezarla correctamente, no vaya ser que llueva todos los días o algo peor.

Una vez que haya movido el cuerpo y enfrentado el frío de la habitación, debiera primero sentarse en la cama, con los dos pies en el piso, para tomar impulso y pararse. A continuación, dirigirse al baño, abrir la canilla de agua fría, y sin pensarlo demasiado, ahuecar las manos, llenarlas con agua y estamparlas contra la cara. Esto proporcionará el shock necesario para despabilarse. De no funcionar, puede continuar luego con una gran taza de humeante café, que además le dará energía adicional para sobrevivir al resto del día.

Nótese que despertar no es igual para todos y que algunos alcanzan el objetivo con una dosis mucho más larga de café, otros recién lo hacen cuando están por bajar del colectivo, mientras que otros, tal vez intencionadamente, no lo logran nunca.

Consigna: Escribir  
instrucciones para una  
tarea cotidiana



Taller: Lectura y  
Escritura (2013)

Karen Álvarez Tedín



# *Cinco kilómetros de tristeza*

Volví después de tantos años a mi rincón preferido de la ciudad: estaba todo demasiado cambiado, desfigurado y maltrecho; ya no me daba esa sensación de paz y felicidad que me daba a los quince años.

Comencé a recorrer cada espacio, cada lugar, tratando de recordar cómo era antes y ver cómo estaba ahora, destrozado tras la segunda explosión de la destilería; la primera terminó desolando la ciudad por la contaminación, y la segunda desintegró la poca vida y esperanza que quedaba.

Paseé en mi moto por varias horas viendo los árboles estériles y secos; lo que en mi adolescencia era un predio de facultades, ahora estaba desahuciado; las hamacas del jardín de infantes se movían solas, cubiertas de cenizas; había camiones de bomberos corroídos por el abandono. Era un paisaje que destrozaba el alma.

Al doblar una esquina, desemboqué directamente en donde solía pasar horas cuando corría por allí: un gran predio enrejado en el que se veían, a lo lejos, algunos huesos de los animales encerrados que murieron en las explosiones (lugar cuya existencia me dio siempre mucha tristeza y repudio).

Las vías del tren que tomaba en mi juventud estaban levantadas y retorcidas, y a unos metros estaba también el tren abandonado.

A unos cuantos metros, en las orillas del río que solía visitar en los veranos, había restos de peces muertos; no me quedé mucho tiempo allí: el olor era realmente nauseabundo.

Ya un poco más lejos, a unos quinientos metros, se veían otras vías paralelas con un tren carguero donde se advertía un enorme rollo de aluminio con un estampado que decía:

*Destino: Azul*

*Fecha de entrega: 11/13*

Recordé que la construcción más grande del lugar se encontraba a pocos kilómetros del epicentro de la explosión, una facultad en forma de una gran M; con la explosión quedaron todos sus vidrios destrozados y las paredes tenían huecos por donde pasaba el poco aire que allí se sentía. Me aventuré a entrar con bastante miedo,

aunque sabía que el lugar, la zona y toda la ciudad estaban abandonados, o eso era lo que yo creía. Atiné a empujar la puerta de entrada: el crujiente ruido de los vidrios y el ensordecedor chirrido de las bisagras me llenaron de un miedo inmenso. Recorrí los pasillos, pero no estuve mucho tiempo porque era un ambiente terrorífico.

Pasé con la moto por la cancha de fútbol de mi amado club, a unos metros estaba el monumento que usaba como punto de partida cuando iba todos los días a entrenar; la onda expansiva de alguna de las explosiones había derribado la mitad del monumento y se encontraba esparcido por la agrietada calle. La laguna que conectaba con el río cercano se encontraba completamente seca y en el fondo se veía una enorme cantidad de monedas que habría tirado la gente, con la costumbre de pedir deseos.

Retomé por una calle que desembocaba en otro campus de facultades pero luego de entrar en «la gran M» había tenido suficiente y no me atrevía a pisar otra más. Llegué casi hasta el fondo de esa calle y regresé sin ver más que ramas secas cubriéndola.

Comenzó a caer la noche y el paisaje se volvió mas lúgubre, todo se veía aún más tétrico, los arboles proyectaban una sombra digna de una película de terror, el viento comenzaba a soplar más y más fuerte y las ramas chillaban como un gato que maullara de tristeza. Aceleré la marcha para terminar donde empecé mi triste recorrido, y entonces vi, a lo lejos, dos ácidos puntos verdes que me miraban penetrantes como si yo fuese algo muy sabroso: arrojé una piedra y los puntos desaparecieron. A los pocos segundos reaparecieron y azorado vi que esos ojos empezaban a multiplicarse de dos en dos en muy poco tiempo. Huí rápidamente de allí, arrastrando mi tristeza y sabiendo que ya no podría volver a la ciudad que me vio nacer, que me vio crecer porque ya todo estaba perdido, no había una pizca de esperanza: es imposible volver a construir algo de vida allí, es demasiado tarde.

Consigna: Escribir sobre  
un paisaje platense de  
modo que no parezca  
tal



Taller: Lectura y  
Escritura (2013)

Gastón Ambroggi

Cuasi perfectos vectores modelando cuasi perfectos cilindros de naturaleza batallante contra la gravedad. Cilindros entreabiertos, víctimas de la misantropía de cada vector. Infames primos hermanos del resorte.

Reunidos en perfecta escuadra de guerreros, se visten de oro a la sombra, siendo, verdaderamente, carbón al sol: se dirigen hacia los siete puntos cardinales. Vulnerables sólo al agua, pero obstinados en la lucha contra el viento, que los alarga, los separa, los junta, los dirige hacia el mismo lado, o hacia todos. Largas y cortas sogas cuyos extremos cortables insisten en colgar sobre los ojos, la nuca, los oídos, la nariz, la boca.

¡Ay, pero si me volví incapaz de criticarlos! Obedientes a la dirección de la mano que los asea y suaviza cuando, de tanta aventura en el exterior, vuelven contentos como bebés con golosinas, como obrero de construcción, como cocinera de papas fritas.

Queratinos domablemente indomables, nunca duermen, aunque al final del día parezcan exhaustos.

Aguerridos, nada más que eso. Luchan, pelean contra el calor de una plancha, de un shock; contra la fuerza estiradora de la toca, de la aplastadora de un gorro, del invisible; contra el odio de la adolescencia.

Exitosos gamberros que consiguieron la moda, el *style*; y lo que es más importante, la resignación del poseedor, que, aunque nunca fueron elegidos, los acepta, cuida y se preocupa cuando muchos de ellos caen, menoscabados por los químicos del viejo y paupérrimo *ghetto* que padecieron durante una década.

¡Vivan, vivan! ¡Vida a los rulos! ¡A mis rulos!

Consigna: Describir un  
objeto cotidiano



Taller: Lectura y  
Escritura (2013)

Gimena Antúnez

## *El cebador de mate*

No sé si serán conscientes de cómo es el ambiente áulico en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo; no es mi intención describir esto, pero sí hay ciertos aspectos que debo puntar antes de entrar con mi personaje. Tengan en cuenta que no es una descripción genérica sino que es únicamente desde el lugar que me compete como estudiante de Antropología.

Una clase de Antro es bastante descontracturada. Nuestras cursadas se dividen en clases prácticas y clases teóricas; estas últimas reciben el mayor grado de formalidad, o por lo menos así lo veo yo.

En las aulas tenemos mesadas de granito y bancos de madera que te permiten adueñarte del espacio y hacerlo tuyo; cambiando la ubicación de los bancos no sólo te podés ubicar en el pasillo sino que podés generar una ronda y terminar dándole la espalda al profesor; quizás esto les parezca extraño pero tengan en cuenta que a nuestras clases asisten, por ejemplo, perros que son alimentados con bizcochitos a lo largo de ellas.

Los profesores son bastante flexibles, en su mayoría, con las recurrentes salidas y entradas al aula durante la clase, entendiendo que los fumadores salen en busca de nicotina, algunos buscan algo para comer y la mayoría sale en busca de agua para el mate.

Es que el mate es un actor más en el aula, casi tan importante como los profesores. Sin mate, sobre todo en una clase a la mañana, uno no se concentra (a la tarde es igual de infaltable). El mate puede ser el único desayuno de muchos, nos puede brindar algo caliente, o nos puede sacar el sueño en momentos difíciles de la clase. Pero aquí de lo que se trata es del rol fundamental que existe en toda cursada: *el cebador de mate*.

Si uno quiere ganar puntos en sociabilidad debe ir con mate a clase: esto no sólo le permitirá entablar conversaciones a quienes les ofrezca mate sino con quienes se lo pidan directamente. Lo que no sabe el cebador es que entra en un juego del que es difícil salir.

En teoría, un cebador debería tener un termo que conserve bien la temperatura del agua; los de acero inoxidable son los recomendados, no sólo por esta cualidad sino por la más importante, que es que ante cualquier efecto de la gravedad aguantan; un mate de tamaño medio, ni muy grande como para que la ronda dure tres mates ni muy chico como para que lo único que haga sea cebar continuamente; no

existen exigencias en cuanto a cómo debe ser el mate pero con que tenga la boca ancha para permitir que una porción de la yerba se mantenga seca estamos bien; la bombilla no debe permitir el paso de la yerba, no hay nada más feo que tomar un mate y terminar mascando yerba.

Estas cuestiones harían a lo material, pero no es eso únicamente lo que debe tener el cebador. No, señor, el cebador debe contar también con ciertas aptitudes que tienen que ver con esa alma de líder que vela por el bienestar de los demás; esto va en el aspecto de ser consciente de cuándo el agua está fría, cuándo cambiar la yerba, no perder nunca el sentido de la ronda y tener la capacidad de poder ampliarla cuando haya alguien que necesite un mate.

El cebador no sé si es víctima, creo que más bien es un mártir, sí, eso me gusta más, *mártir*. Uno no tiene la obligación pero va en busca de ese prestigio social a sabiendas de que el costo es alto. Digo costo en un sentido emocional, pero también en uno económico, porque si han sido o están pensando en ser cebadores, bien saben, y si no vayan sabiendo, que la yerba va por la casa. Ningún cebador jamás pedirá una vaquita para la yerba; podrá manguearla pero siempre por su cuenta. Y digo emocional porque a veces se la tiene que fumar, ya que puede suceder que el mate esté fuerte y se tenga que comer los primeros mates fuertes hasta que afloje un poquito la yerba y entonces ahí sí los demás querrán tomar; o que a veces, por un mateinómano, deba seguir cebando a pesar de que deba hacer un pasamanos de quince personas.

Y sí, es que el laburo de cebador es jodido, hasta en un punto perjudicial para la salud; y no me refiero al polvillo ingerido que quizás pueda tapar los pulmones en algún momento sino en temas ligados a la cuestión académica, pues el cebador o la tiene que tener muy clara para captar todo lo de la clase con palabras claves o directamente no anotar y retener todo en su cabeza. La triste realidad es que el cebador no anota y no caza conceptos en clase: nuestro personaje goza y hace uso de sus privilegios sociales (que son pocos pero los hay) y un día antes del parcial pide el resumen que bajo ninguna circunstancia le puede ser negado.

Consigna: Describir un personaje



Taller: Lectura y Escritura (2016)

Mariano Barros Cortés

Renuncio... ¡Renuncio! No puedo más, no hay caso, che. Por mucho que lo intento, mi cuerpo no me hace caso. Cuando le digo de irnos a dormir temprano no concilia el sueño; cuando le digo de despertarnos por la mañana, sigue durmiendo hasta bien pasado el mediodía. No hay caso, che. Le pido que le gusten las verduras y no, me dice que no puede, que son un asco, se las tengo que mezclar con algo para que las coma el maldito. Con las frutas, por suerte, no es tan problemático, pero, eso sí, que no tengan semillas. A veces, nos miramos en un espejo y nos damos cuenta de que necesitamos ejercicio, entonces lo reto y le imploro que salga a correr o a andar en bici: se me mata de risa, con carcajadas prolongadas, de esas que pareciera que se ahoga, con lágrimas y todo. Otro fracaso, y otro... y otro... y así siempre. No me respeta, no respeta la jerarquía, que lo tiró. Algunas veces miramos tele y se detiene a mirar cada porquería, yo creo que es morbo puro. Le imploro que cambie de canal, le digo que Rial es una tortura china para mí, pero nada, él se ríe. A veces me hace caso y cambia: pone el noticiero de América. ¡Mamma mía! ¿Es necesario fumarse esos informes impresentables a la hora de la cena? Y él ríe y ríe.

Se reserva lo peor para cuando le gusta una mujer. Se incomoda y se turba con facilidad. Allí está, en una reunión con amigos y amigas, y esa chica, la que le gusta. Hace como que no, pero sí. Es muy malo disimulando. Si, de pronto, ella le dedica una mirada, le nacen un sinfín de sensaciones y le sobreviene el calor. Se pone bordó, con eso solo, una mirada. Yo lo insto a que se calme, pero no me hace caso, y comienza a tartamudear. Los demás lo miran y se le ríen, porque mezcla las palabras y suda, y yo le susurro al oído «ché, no es para tanto, fue sólo una mirada, no me quiero imaginar si viene y te toca el hombro» y ni bien termino de decirle eso, viene la chica y le toca el hombro.

Yo pensé que se desmayaba, creo que él también, pero parece que —por una vez en su vida— me hizo caso, aunque creo que fue por azar. Bajo mis instrucciones, entabló una charla bastante decente, que me hizo sentir orgulloso de él (cada tanto pasa). La chica volvió a su lugar y él intentó mostrarse sereno, pero creo que no lo logró. Estaba desesperado por impresionarla, yo le decía que la noche era larga, que ya tendría ocasión. De allí partimos todos a un bar, y comenzó la hecatombe. Parece que el desagradecido quería acallarme porque yo le sugería moderación y él, en cambio, quería todo ya, quería que la

chica se le acercara y poder besarla, ya mismo, sin demoras. Entonces, me fue aletargando con alcohol, y yo me fui silenciando. Mi voz comenzó a perder fuerza hasta hacerse inaudible. Y en su propósito, como veía que funcionaba, siguió bebiendo, más y más, sin excluir nada que poseyera aquella sustancia mágica. Ahora sí, tenía despejado el camino hacia su deseo.

Se dirigió a la chica y quiso hablarle, yo no lo sé bien, me lo contaron después. Parece que las palabras no salieron como él esperaba, y que la chica sintió asco de él por su estado calamitoso. Lo apartó con el brazo y se alejó entre la gente. Dicen que quiso seguirla pero cayó de bruces al piso. Algunos amigos lo sostuvieron y llegó a articular unas pocas palabras para avisar que se sentía mal. Lo llevaron al baño y allí se deshizo de todo ese veneno que había utilizado para acallarme. Salió algo recuperado, pero parece que ya nadie quería tenerlo a su lado. Si yo hubiese podido elegir, tampoco hubiese querido estar a su lado, pero no tengo opción. Lo subieron a un taxi y lo mandaron (nos mandaron) para su casa. El taxista esperó a que luego del décimo intento lograra abrir la puerta y se marchó. Una vez dentro, no llegamos ni a la cama, nos dormimos ahí mismo, en la alfombra.

Consigna: Darle lugar a  
tu otro yo (o yoes)



Taller: Lectura y  
Escritura (2013)

Y aquí estamos, ahora, con este dolor espantoso que llaman resaca. Y yo me lo tengo que bancar, porque sus dolores son míos, y ya no sé qué hago aquí, si no me hace caso, nunca. Por eso digo que renuncio, ¿me escuchan? ¡Renuncio! Pero parece que nadie escucha, me veo obligado a atarme a él para toda mi existencia, y él lo sabe, por eso me mira con su mirada pícaro, y ríe, y ríe.

Germán Bogado

# *Decálogo del estudiante*

## *universitario*

1) Venga, deje ya esa mosca. Si su vuelo hipnótico es demasiado atrapante para usted, mátela, sin piedad ni culpa.

2) El fin de semana inmediatamente anterior a un examen se presentará la posibilidad de una salida grandiosa, ya sabe: baile, despedida de soltero, una llamada de esa persona que usted siempre espera que la llame para salir y nunca llama. Bien, rechácela. Una sola salida de fin de semana implica perder una tarde preparándose, muchas horas de previa, una salida hasta pasada la madrugada y la pérdida total del día posterior, con una posible resaca pasmosa. Usted no puede regalar tanto tiempo.

3) ¿Cómo que no llegó a leer la bibliografía complementaria? ¿Usted pensó que esos textos eran una excusa de la cátedra para llenar espacios en el programa de la materia? No, señor. Un estudiante que se precie lee todo, incluso los textos de relleno, y hasta los textos que no le piden y que descubre necesarios para entender mejor lo que está estudiando.

4) Para el mal estudiante, el tiempo diario que dedica a cada materia es inversamente proporcional al que le queda para rendir. Este es un signo de posible deficiencia mental. Entienda bien: debe dedicar la misma cantidad de horas en preparar una materia todos los días, nunca menor a  $\frac{3}{4}$  de su jornada.

5) Muy a menudo, los estudiantes piensan: «estudio una hora y chequeo el Facebook diez minutos». Resultado: estudian diez minutos y usan Facebook una hora (con suerte). Cada vez que esto le suceda, tenga a mano una regla y golpéese fuerte en la mano. Si no le duele, intente hacerlo de canto.

6) Recuerde esta ley del sabio Murphy: la noche anterior al examen usted siempre se queda sin café. Tenga el recaudo de comprar y guardar en algún lugar poco habitual una reserva. Si suele olvidar en qué lugar recóndito guarda estas cosas, anótelos. Si suele olvidar dónde anota las cosas, abandone los estudios, usted es un nabo, no merece ser profesional.

7) ¿Por qué ha hecho tantos resúmenes, cuadros sinópticos, marcas con distintos colores flúo, en un texto tan intrascendente y



breve, si luego a los importantes apenas si los ha leído? ¿Ha perdido el optimismo a medida que avanzaban los días o se ha quedado sin tiempo? Si no remedia esto, rece para llegar a aprobar.

8) Al menos la semana anterior a rendir propóngase un buen plan de alimentación. Que no falten frutas ni verduras en su heladera. Coma legumbres y frutos secos que son buenos para agilizar la mente y fijar las ideas. ¿Que no tiene tiempo y sólo come panchos o pizza por su facilidad? Usted me asombra, ¿cómo hizo para pasar el secundario?

9) Ya en el día del examen, no se entretenga con nimiedades. ¿Por qué se esmera tanto en saber qué está sucediendo allá afuera? ¿Qué tiene de atrapante la ventana que lo tiene tan encandilado? ¡Al texto, vamos! Y deje de morder la lapicera.

10) Es inadmisibile utilizar lenguaje coloquial en el examen. Ante una posible pregunta como por qué decidió Napoleón invadir Rusia no puede responder «porque le pintó hacerlo».

11) Finalmente, entregado el examen, llega la calma y satisfacción de la labor bien realizada (si estudió como se debe). El mal estudiante, de inmediato, se relaja: sale a bailar, va a la playa, a jugar al fútbol, vacaciona. ¡No, no, no y no! Gane tiempo, siga estudiando, incluso lea textos de materias que todavía no ha comenzado.

### *Epílogo*

Si usted sigue estos consejos a rajatabla no quedan dudas de que realizará su carrera en el menor tiempo posible y se recibirá con honores. Será un excelente profesional y su familia estará profundamente orgullosa de su persona. Claro que algunas cosas habrá relegado, como la exploración de los placeres sexuales y la posibilidad de disfrutar del aire libre y la sociabilidad. Pero ¿quién necesita esas banalidades cuando tiene la posibilidad de encontrar toda su felicidad en las páginas de un libro científico? Relájese y disfrute.

Consigna: Redactar un  
decálogo



Taller: Lectura y  
Escritura (2013)

Germán Bogado

# *Instrucciones para parecer inteligente*

Si usted es una de esas personas que la gente suele tomar por limitadas mentalmente o que, ante su respuesta simplista a algún planteo intelectualoide, le brindan una sonrisa socarrona y una palmadita en la espalda, no se preocupe: aquí le traemos la solución. Y es que para ser inteligente no hace falta serlo, basta sólo con parecerlo.

En base a numerosas investigaciones hemos advertido que la gente inteligente acostumbra ser bastante uniforme en sus modos de vestir, en sus gustos y su forma de hablar, sólo diferenciándose de acuerdo al ámbito donde acostumbran moverse. Por ejemplo, los críticos de cine inteligentes utilizan por regla general lentes con grandes marcos y sin aumento, camisas de colores fríos y una bufanda, que a veces sustituyen por poleras bordó. ¡Imítelos! Es todo lo que debe hacer.

Parezca inteligente y lo será, es una máxima que nos ha brindado la psicología y la ley de asociación de estímulos. Cuando uno se habitúa a relacionar la inteligencia con determinadas apariencias automáticamente se produce dicha asociación.

Para aumentar su aparente superioridad intelectual bien vale minimizar la de los demás. Un modo preciso de lograrlo —sobre todo en ámbitos académicos— es utilizar una jerga rebuscada. Cuando el otro no entiende ni un concepto de los que usted hilvana, pensará que él mismo es poco más o menos que un deficiente mental. Otra característica que puede servir es imitar a aquellos íconos de la disciplina en la que usted quiera sobresalir. Es muy común, por ejemplo, que los psicoanalistas neófitos procuren levantar una sola ceja y fumar habanos como hacía Freud. Se dice que algunos hasta consumen cocaína a diario para parecersele, aunque se especula que varios ya la consumían antes de saber quién era el padre del psicoanálisis.

Ya ve, no es tan difícil. Intentemos ahora profundizar algunos aspectos gestuales: ¡No se ría! ¿Acaso quiere parecer un imbécil? Nadie que se precie de parecer inteligente anda por la vida riéndose a carcajadas. Una breve mueca con mirada soberbia es lo indicado para esos momentos y, si puede, niegue con la cabeza levemente, como

desaprobando los chistes. Se sabe: los inteligentes se preocupan demasiado por las cosas serias de la vida, tanto que no pueden reír libremente, la gravedad de los asuntos los sobrepasa. Otra cuestión que no debe dejar de tener en cuenta es que el tono con el que habla debe ser uniforme y calmo. La inteligencia no grita, sólo alecciona. Si usted es hombre bien haría en dejarse la barba; si sus hormonas aún no le permiten poseer esta característica, al menos déjese los pocos pelos locos que le salen en la quijada. En cuanto al peinado ¡ni se le ocurra raparse! En todo caso, puede pelarse, pero siempre, siempre, utilizando lentes y poleras, asemejándose a Foucault. Si aún posee la dicha de tener abundante cabello utilícelo algo largo, sin peinar demasiado, y ni por asomo use gel.

Consigna: Escribir instrucciones para una tarea cotidiana



Taller: Lectura y Escritura (2013)

Ya ve, siguiendo nuestros pocos y valiosos consejos usted será tomado por inteligente sin lugar a dudas, logrará así resaltar entre el vulgo, conseguir mejores trabajos, mejores parejas, y si es estudiante, mejores notas, aunque parezca increíble. Si usted es perezoso y no quiere seguir nuestros consejos, entonces buena suerte. No le quedará más alternativa que desperdiciar su valioso tiempo pasando horas y horas leyendo inútiles libros que, con suerte, le darán un conocimiento muy limitado sobre el mundo que le rodea. Y para nosotros, esa, no es una característica muy inteligente que digamos.

Germán Bogado

# *Maldito eres entre todos los*

## *trámites*

Fue así como me dirigí a la delegación de IOMA de la calle 7 y 42. Muchas ganas no había y al parecer me esperaba un largo rato para el tramiterío correspondiente a ese día. Esos correspondientes trámites me tenían, me tienen y me tendrán harta por el resto de mi vida y hasta que la muerte me separe, amén.

En fin, concurrí al calvario.

La gente sentadita y otra paradita se acomodaba como podía y como quería en el local. Yo me dirigí a Informes y ahí me designaron un tal numerito que lo arrugué todo, por cierto. Mi tan ansiado turno no llegó de todos modos. Me apuro a comentarles lo que sucedió aquel día lluvioso a las once de la mañana, esos días que uno no tiene ganas ni de levantarse.

Ya habían pasado veinte minutos desde que estaba sentada y las miradas, tales y ciertas miradas, me devoraban: la de la señora sin un diente, la del señor vestido con trajecito que se acomodaba el pelo como si lo tuviese, la de la embarazada con un nene de la mano, la de la chica con los apuntes de la facultad, que andá a saber si realmente estaba leyendo o chusmeando la situación, el infaltable pibe con un mate a cuestras y los oficinistas que hablaban todo el maldito tiempo por Nextel o Whatsapp o celular.

La situación me irritaba, el esperar y comerme las miradas, no precisamente a besos. Me irritaba, me ponía fuera de mí, por no decir loca; rogaba no haberme olvidado ninguna documentación (recibo de sueldo del titular, carnet de IOMA del titular/afiliado, DNI, fotocopia, etc.), ya me había aprendido de memoria todo lo que precisaba y procuré chequear el pepelerío antes de salir de casa. Como mi mente no sabía en qué pensar comencé a cantarme una canción de Cristina Aguilera: muy emocionada seguía el ritmo con mis pies sin que nadie sospechara el fluir de mi conciencia. Habré estado unos cinco minutos cantándome esa canción, comenzando por «abre la puerta» y terminando con «una y otra vez». Una chica seguía con el pie otro ritmo musical y procuré deducir cuál, hasta que concluí que estábamos cantando la misma canción.

Pero algo más, en aquel lugar y en aquel momento, ocurrió.

La señora barbuda de la mesa de Informes tomaba mate pero además comenzó tararear en voz alta: «Help, I need somebody». Fue entonces que el de Seguridad añadió «no just anybody», y así comenzaron todos los empleados a cantar en forma de musical la canción de los Beatles. Siguieron con una de Queen y muchos que estaban sentados en sus butaquitas se sumaron a bailar sin ninguna coreografía previamente ensayada. Dadas las circunstancias, me acoplé a la canción y en mi rostro se asomó cierta sonrisita peculiar. En ese mismo instante, sonó una sirena tipo ambulancia o policía, no lo sé. Con ese sonido quedamos todos atónitos, caímos en lo delirante de la situación y volvimos a nuestros respectivos roles. Vino entonces la policía y penetró en la delegación. Cayeron con una máquina de pochoclos y comenzaron a repartirlo entre los que estábamos allí.

La delegación fue clausurada por desórdenes ajenos a las tareas encomendadas, daños en los aparadores y denuncias de ruidos molestos por parte de vecinos de la zona, pero la policía, luego de regalar los pochoclos, se mandó un corito de una canción inventada, abandonaron las instalaciones y dejaron calcomanías que decían: *hasta la próxima*.

Mi trámite no se pudo llevar a cabo, pero de todo aquello rescaté algo lindo, incluyendo un mate del de Seguridad y una calcomanía que decía: *en otra oportunidad prometemos cantar una de Cristina Aguilera*.

Consigna: Describir una  
situación de cola o  
trámite



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Florencia Bovari

# Autobiografía

Dicen que nació en invierno, que su alma conoció diferentes siglos y portales, y que en su esencia se funde un manojo de historias. Dicen que nació sedienta y ansiosa; sedienta por conocer e interpretar cada enigma del Universo, ansiosa por descubrirse a sí misma. Quizás por ello decidió recolectar cada pieza de su ser; pero, para ir a su propio encuentro, debió aprender a no frustrarse ante la ignorancia y a transformarla en una búsqueda.

Tras recorrer distintos senderos, descubrió el lenguaje de la Luna, la profundidad del silencio, las melodías que se entretienen, las sombras de lo onírico, la magia del Cosmos, la protección de un abrazo... Poco a poco, y con firmeza, se encomendó a una mirada colmada de símbolos celtas, de rituales y de misterios medievales.

Durante años, viajó a través de una máquina del tiempo conformada por telones y madera. Aquel artificio perdido entre decenas de máscaras, le permitió vestir innumerables vidas; pero ello no impidió que ciertos susurros irrumpiesen en su mente, sugiriéndole derramar la tinta sobre los pergaminos. De este modo, varios versos y líneas comenzaron a deslizarse y a gritar señales que serían interpretadas en el futuro.

Sus creencias se fortalecieron en cada secreto de la Naturaleza, mas la indiferencia de algunas personas frente a los detalles la decepcionó. Si ser como ellos era crecer, prefería condenarse a la inocencia eterna. Sin embargo, de algo estaba totalmente segura: debía proteger el asombro, y el papel se había convertido en uno de sus aliados.

Hoy intuye que el misterio no sólo es su constelación predilecta, sino que nada podrá detener su fascinación por los lazos que unen lo inconsciente con la libertad.

Consigna: Escribir un  
texto breve a modo de  
autobiografía



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Luli Cattáneo

# ¿Por qué escribo?

La escritura es una forma de expresar aquellas voces de lo más profundo de la mente. Estas voces, si son ignoradas, gritan y es en ese momento en el que uno parece enloquecer. Una forma de silenciarlas es nada más ni nada menos que escribiendo.

Las redacciones obtenidas a partir de este tipo de escritura son un mapa que nos ayuda a entendernos y a conocernos mejor. En la vorágine del día a día uno tiende a dejar de escucharse y en el afán de cumplir con las obligaciones y deberes que tenemos, terminamos anestesiando a ese niño interior que todos tenemos. En mi opinión, la raíz de todos los males que aquejan a nuestra sociedad actual es la rutina, que conlleva a ese adormecimiento.

Pero, ¿por qué hablo de esto? Simplemente porque, como comentaba en un principio, una de las formas de evitar esta tragedia, la vida estructurada y rutinaria a la que nos empuja esta sociedad, es desarrollando el lado creativo, y una de las formas de dar a luz a ese lado es escribiendo, creando. Podemos saber más de nosotros mismos leyendo lo que expresamos en papel, que si nos grabáramos las veinticuatro horas del día, para luego vernos.

Al escribir damos rienda suelta a la imaginación, y abrimos las puertas de los rincones más recónditos de nuestra mente; creo yo que no hay otra forma de llegar a estos lugares.

La llave está en nuestras manos, y es un lápiz.

Consigna: Responder a la pregunta ¿por qué escribo?



Taller: Escritura Creativa (2015)

Lucio Centineo

# Entre gatos y miedos

Consigna: Escribir un texto que involucre a un gato



Taller: Escritura Creativa (2016)

Porque me ataca con sus ojos, porque tiembla, porque huye de mí y mis ganas de tocar; escaleras, víctima, cinco años en promedio, mejillas rojas, ella baja sigilosamente por el tablado, se aferra a la pared, mientras mi cuerpo gris está estático, cierro mis ojos y alcanzo a oler su curiosidad; mis botones azules abren la ansiedad en mis uñas y lastima a alguien más; ella no llora, no sonrío, tan sólo me observa, se va y me olvida.

María Fernanda Chambueta Cardozo



# Interrogatorio a una rata de alcantarilla

Ulteriormente de un ímprobo suceso persecutor, en la casucha de cartón tenemos una rata de alcantarilla. Atrapada en una silla de acero para disminuir su fugaz escape, contestará para ustedes las siguientes preguntas o me verá obligado a torturarla:

—¿Qué se siente subsistir en las profundidades del mortal?

—Lacerante, intentar subsistir sobre volcanes de desechos y putrefacción es deprimente; yo he sobrevivido en los huecos lóbregos el cometido del desliar armas para una libertad conjunta, pero entre trampas y señuelos se hace cada vez más mordaz su declinación, la luz que debería obtener, pero entre trampas y señuelos he visto caer a muchos, me carcome la ira y el odio que sabe a veneno... eso pasa en los agujeros de basura.

—¿Qué piensa del ser humano?

—Es un invasor, pulverizó nuestro medio y construyó su capital evaporando cada soplo de ecosistema, nos lanzó al desván del olvido y la muerte.

—¿Por qué no se han ido de acá?

—Fácil, porque ahora son nuestro modo de supervivencia, nuestra fuente de alimento entre las cañerías.

—¿Por qué no debería matarte?

—Tu voz suena a masacre y no imploraré por mi vida, así que márame sin asco y suspiro...

Consigna: Escribir una entrevista a un personaje real o ficticio



Taller: Escritura Creativa (2016)

María Fernanda Chambueta Cardozo

La Plata, 9 de junio de 1989

Querida Ana:

Han pasado ya unos años desde la última vez que te sentí. No sé si te aburríste de jugar en el patio sin verde de mi casa con techo de tejas y paredes pintadas por mí; o si simplemente elegiste buscar otro espacio, más abierto o más cerrado al que puedas hacer brillar. Lo cierto es que la duda me invade, y por ello te escribo esta carta. Puede que sea la única forma de que me escuches.

Aunque ya lo sepas, te cuento que las tardes, después del colegio, eran especiales. Comía rápido porque sabía que tras el ceibo del campito (que tu papá plantó, o quizás fue el mío) a la vuelta de mi hogar estabas parada, ansiosa, esperándome para jugar a cualquier cosa que se me viniera a la mente y te acompañara. Luego, ya de noche, nos despedíamos con un abrazo tan inmenso como inverosímil, y mientras yo volvía, a veces algo magullado, guiado por los alaridos de mi madre, vos te quedabas en ese lugar, junto al árbol inmóvil. Nunca supe dónde vivías, aunque hoy creo saberlo.

Pero desde hace unos años ya no te veo; así como tampoco vuelvo de la escuela, y aquellas ganas de jugar ya no son las mismas. De igual modo, anhelo verte. Quiero que nos acostemos en la grama suave de nuestras locuras y miremos las nubes. Que nos ríamos de esas que se creen más de lo que son, sólo por estar más arriba. Quiero imaginarte y que aparezcas, como antes.

Escapa de mi voluntad que vuelvas al barrio, a mi casa, a mi patio; pero no de mi deseo. La verdad, no sabría dónde mandarte esta carta, por lo que la enterraré dentro de una cajita que alguna vez quise regalarte, al lado del árbol en el que siempre te gustaba quedarte. Sé con firmeza que de verte, te voy a volver a ver ahí, mientras me esperás con tu sonrisa gigante y tus medias a colores; con los ojos vidriosos y cómplices como con los que te recuerdo, mientras toda nuestra vida juntos pasa por mi mente. Como ahora.

Consigna: Escribir una carta



Taller: Lectura y Escritura (2014)

Ignacio Champane

# Autobiografía

Macarena es mujer, de nacimiento y por elección. No sabe qué quiere de la vida, nunca lo supo. Su futuro es incierto y su presente demasiado errado para los pocos esbozos de sueños que puede tener. Tantas veces le preguntaron ¿qué querés? y ella siempre dice «estar tranquila, tener paz».

Se siente muy cómoda en soledad, aunque a veces su conciencia, voz interior, otro-ella o como quieran llamarlo, pesa demasiado y su propio cuerpo pasa a ser una prisión insoportable. Su mayor miedo es encontrarse con la locura y no poder disfrutarla. Su salida es casi siempre la risa y el afecto: aprendió a duras penas que es más gratificante sentir el calor de otra persona al llorar que el de una almohada o la nada.

Su motor es enamorarse. No importa de quién, cualquier persona que llame su atención provoca un enamoramiento instantáneo que se transforma en obsesión la mayoría de las veces. Se conoce y su autoestima está en las nubes, sabe del poder de su magnetismo. Siempre consigue lo que quiere, quizás producto de todos los caprichos que le satisficieron desde la infancia.

Mostrarla así es una infamia, nadie permitiría exponerse de esta manera. Por suerte no soy Macarena.

Consigna: Escribir un  
texto breve a modo de  
autobiografía



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Macarena Chandia

# Por qué escribo

Consigna: Responder a la pregunta ¿por qué escribo?



Taller: Escritura Creativa (2016)

Escribo porque siento. Escribo porque no hablo, callo y me guardo las palabras. Escribo para mí y para nadie más. Escribo para procrastinar, porque tengo cosas que hacer y las estoy evitando. Escribo para registrar lo que alguna vez pensé, lo que pasó por mi cabeza y se fue. Escribo para pensar, escribo para no pensar. Escribo pero temo a la escritura, temo a las palabras, amo a las palabras, ya no sé... escribo porque me dijeron que escriba.

Alexis Code Capristo

## *El que se tira a vivo*

Quizás deba disculparme por tal atrevimiento de plagio invertido, pero lo cierto es que en éste, nuestro siglo XXI, el peligro social ya no es el *squenun* o «el que se tira a muerto», tal como lo retrataba aquel narrador sieteloquense, sino este otro, ese vivo, más vivo que los propios vivos.

Y es que en las oficinas de cualquier ciudad, como sabrán, suele encontrarse este ser que, aunque en minoría, siempre se hace notar. Ese que no sólo hace todo el trabajo en fecha, hora, minutos y segundos, que llena todas las planillas de la zonza burocracia, (planillas luego archivadas en un cuartucho siempre húmedo y oscuro), sino que llega antes de horario y es el último en retirarse. Incluso, se lleva toneladas de esas planillas a su casa. Una casa solitaria, sin siquiera un perro o gato, aunque quizás sí un pajarito enjaulado.

Ese personaje, no es el que se comió la del primer trabajador, pues sería difícil llamar trabajador a esta lacra, aunque lo sea, porque se asemeja más bien a un jefe sin corona, ya que hace todos los deberes y más para ganarse tal título, por supuesto, dejando en ridículo a todos sus compañeros de trabajo que, a diferencia de él, sí tienen familia, amigos, perros, gatos, bah, una vida, digo, y sus consiguientes alegrías y preocupaciones, que como es natural, les impide ser el primer trabajador, aunque sea falsamente.

Y, así como el que «se tira a muerto» tiene su historia de tirarse a muerto, este bicho ciudadano del que les cuento, también la tiene. Ya de niño se tiraba a vivo. Era el bien odiado «compañerito» que en la escuela terminaba primero el examen, primero la tarea y, por supuesto, se sentaba primero, en el primer banco, bien cerca de la maestra. El mismo cuya vida se resumía en los esfuerzos descomunales (que vistos desde fuera generaban una sensación de pena, odio y risa) por ganar la admiración del maestro. No era el niño que le llevaba la manzana: éste le llevaba la manzana y la verdulería entera. Ese que ni por el Dios en el que este tonto cree, te prestaba la tarea, ni te pasaba una respuesta y encima te buchoneaba si te copiabas. Un infeliz. Siempre queriendo demostrar. No hay que confundirlo con el «chico perfecto», que le iba bien por simple gusto, en un arte por el arte. No. Este quiere siempre demostrar superioridad, al otro ni le importa, le sale así naturalmente y no hace alarde. Pero nuestro espécimen, al contrario, se regocija con la falta

de dieces de los otros. Tiene esa mirada incriminadora, que dice «he aquí al dueño de la excelencia y el sacrificio».

Esa clase de sujetos, que ya de chicos aprendieron la obediencia a la regla, y que de grandes las aplican al pie de la letra, al punto de que te ponen falta cuando estás ausente, aunque la causa de la ausencia sea tu misma muerte, porque «Menéndez no trajo el certificado médico», ¡pero, claro, si te has muerto! Mas no hay caso, el señor Perfecto te dice que no hay ninguna norma que contemple esa posibilidad, y así te clava, legalmente, el faltazo.

Todo lo humano le es ajeno. Él sólo cumple con su deber, como los señores que apretaban el botón de la cámara de gas. ¿No es verdad, acaso, que ellos eran simples trabajadores y que sólo cumplían con su trabajo, el de apretar «eficiente y eficazmente» un botón, aunque eso significara la muerte de miles de hombres? Pero en nuestro siglo XXI, tan cambalache como el que le antecede, los genocidios ya no existen. O al menos la liquidez del reino de las finanzas así nos lo quiere hacer creer. Sin embargo, la burocracia sigue matando (simbólica, cultural, materialmente) a mansalva. Y nuestros vivos más vivos que los vivos, son sus cómplices. Porque no vaya usted a creer que ser el señorito Perfecto en este mundo de locos no tiene ninguna consecuencia; porque como ya se sabe, aquellos que se las dan de cuerdos, son los primeros en acomodarse a las esquizofreniadas de este nuestro mundo, y todo... ¡en nombre de la razón!

Y hete aquí que no sólo perdemos los que contrastamos con este razonador, incluso la muerte le llega a estos vivos más vivos que los vivos; porque no sólo son el último eslabón de las lacras existentes, y por ello, cuando la cosa tira pa'trás, los que se salvan son sólo los de arriba. Y nuestros bien odiados vivos, por más vivos que se crean, terminan tirados, en una esquina, como todo residuo, porque esta es la época de lo descartable, y cuando ya los usaron, a los vivos se los tira.

Consigna: Escribir una  
aguafuerte a la manera  
de Roberto Arlt



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Ayelén Correa Carranza

# Las cosas que odio

El empleado de oficina, la mujer reducida a madre, la niña condenada al conservatorio, el niño poeta que limpia tus vidrios, el niño sin zapatos, mariposas en invierno, la teatralidad del político, la niña aburrida vestida de princesa, el verde que es gris, los unicornios sin su cuerno, la permanencia del sol de enero, la rima (in)existente del poema contemporáneo, el barrio sin pelota, el grito silencioso, las ciudades sin árboles, el cielo celeste que oculta lo rojo, los esmaltes de uñas, las células muertas, Nietzsche y su idea de progreso, Saer sin la coma, Borges sin sus laberintos, Marx sin revolución, Arlt en Brasil, el neo-biologicismo de la neurociencia, Descartes y sus vacilaciones, las galletitas Oreo, las cerezas en la torta, el tomate transgénico, el café hervido, el té sin hervir, el arroz que se pasa, el Partido Comunista capitalista, el Partido Obrero sin obreros, los anarquistas del siglo XXI, la China imperialista, Cuba y la propiedad privada, la democracia, la dictadura, los trámites y su burocracia, la burocracia, los optimistas, los pesimistas, las cartas derrotadas, el rey que es peón, la escuela y sus jóvenes dormidos, la clase y sus maestros dormidos, cuarenta años de matrimonio, las parejas que se pelean, las parejas que no pelean, los racionalizadores del amor y las plazas enrejadas, Macri, que el amor sea el otro, los militantes de la felicidad, las facultades sin carteles, las estadísticas, los noticieros, los finales y su evaluación del conocimiento, los jóvenes ya viejos, los viejos viejos, los docentes universitarios y sus doctorados, el pueblo, la banalización del mal, el «respirá» cuando estoy histérica, una cumbia sin Gilda, River campeón, la falta de cafés en la ciudad, los que viven soñando y los que no sueñan nunca, el odio, el amor y la contradicción.

Consigna: Enumerar las cosas que generen enojo u odio



Taller: Lectura y Escritura (2014)

Ayelén Correa Carranza

# Las cosas que amo

Las nubes, tus ojos, el río que pasa, todos y cada uno de los clichés, The Doors, el dedo gordo de Arlt, Copito, esa leve sonrisa del recién enamorado, el grito seco casi sordido de *goooool*, fresas, el otoño con toda su combinación de amarillos y rojos, un tema de Gilda, el sexo, el sexo oral, las hojas de un viejo libro, el sonido de un violín en un centro comunitario, los relojes, el pesimismo, el optimismo, la imaginación al poder y el proletariado también, un café bajo cuarenta grados platenses, la muerte de todo lo que merece morir y la vida de todo lo que merece vivir, nuestras conversaciones a las 3 AM y a las 3 PM también, las muñecas de mis brazos bajo el agua, todo lo que cambia, la sonrisa permanente de mi vieja, el partido de fútbol bajo la lluvia de los pibes de la esquina y todo su barro y barrio, los malabaristas, los humanos humanos, las servilletas de papel, las magdalenas con dulce de leche, las papas fritas, abrigarse cuando hace frío, un viento leve, el vago caminar de las personas, un colectivo casi vacío, Marx, una cama, el chocolate amargo y el dulce y el semiamargo, lo fenoménico y Kant, la dialéctica hegeliana y la violencia del mar que todo lo barre, la violencia del oprimido, el amor como fundamento del odio, la des-ontologización, la construcción de lo de-construido, los anarquistas de principios del siglo xx, las naranjas y las mandarinas, el color verde, Estudiantes de La Plata, los puntos suspensivos y las comas en exceso, el exceso, la interrupción de una clase en la universidad, la pasión de un docente, Prego, los jóvenes, cuatro renglones, los bigotes de mi gato, los círculos dibujados, el humor, que la prioridad sea divertirse, los lunares, los 60, el helado de frutilla a la crema, el Kurdistán, los Simpsons, la brillantina y el óleo, los árboles de todo tipo, un grito en el medio del silencio, el silencio, los números impares, el amor, el odio y la contradicción.

Consigna: Enumerar las cosas que generen amor o pasión



Taller: Lectura y Escritura (2014)

Ayelén Correa Carranza



# Wild is the Wind

*Let the wind blow through your heart*

El sol ablandaba el asfalto de la ciudad cuando por casualidad llegué a tu guarida. Nada me indicó que años después amaría todo eso con fuerzas que no sabía que existían dentro de mí. Mi amor surgió cuando por vez primera realmente te vi. Supe tocar mis mejores notas; cada uno de los colores de la música se amalgamaba con un sentimiento o un sabor. Sentíamos lo dulce, la felicidad, el deseo. Sobrepasé fronteras y derribé muros. Me interné en lo salvaje de los caminos, esperé muchas veces agazapada al viento, con la certeza de que vendría. El viento llega, alborotado, tan insensato; vos te protegías tras tu máscara de fiera.

No tardó en llegar lo amargo.

Con esa música descubrí lo que es el vértigo y el dolor, la pasión y el olvido. El frío y la paciencia, la carcajada cómplice. Irrumpir en tu fortaleza de domingo por la tarde, en tu clásica escala diatónica preferida. Intentar sacarte de ese lugar y terminar los dos en el mismo. Otras veces, lograr ayudarte y sentirme heroína. La espera compartida, los celos. La sal de las lágrimas. La decepción de un sábado al atardecer. Mirar sin buscarte. Buscarte y pretender no mirar. El rechazo de volver al lugar donde el pasado se quiere saber presente, presumiéndose intacto. Aun así extrañar aromas, paredes, texturas y sonidos, sobre todo sonidos, y toda esa música. Los rayos de sol al amanecer que se colaban a través de los vidrios. La despedida agradecida, el abrazo desgarrador y armar el recuerdo dulce para sentir nostalgia después.

El viento llega y sopla, quién sabe qué fuerza bestial lo perpetúa, pero cuando llega es imposible no enredar el corazón en la ventolera y luego, si es preciso, levantarse y seguir.

Consigna: Escribir un texto a partir de tu canción favorita



Taller: Escritura Creativa (2016)

Emilia Corrons

Libertad, virtud, placidez  
para luego dar paso a tu  
desasosiego incesante.  
Desencanto, quizás lágrimas  
cayendo hacia el corazón desierto.

Jano, Jano, Jano, Jano,  
tus dos caras opuestas,  
alternándose con infinitud.  
Encarnas futuro mientras  
aguardas ya enclavado,  
constante y traicionero  
en el pasado.

Jano, Jano, Jano, Jano,  
¿cuántas puertas has abierto?  
¿cuántas puertas has cerrado?  
¿Cuántos pasillos conectan  
nuestras emociones?

Jano, Jano, Jano, Jano,  
déjame dejarte,  
porque el amor ágape  
no existe en este ser.

O tu dualidad me irá  
consumiendo, pereciendo.  
No sabré qué rostro miro,  
no tendré más hogar que los umbrales,  
no tendré más luz que esperar la tuya  
en tu oscuridad.

Consigna: Escribir un  
texto que involucre a  
un personaje mitológico



Taller: Escritura  
Creativa (2016)

Emilia Corrons

## El genio manzana

Su madre siempre supo que su hijo no era «ordinario», así decía doña Libertad. Desde chico era tímido y vergonzoso, porque en vez de jugar a la pelota, tirar piedras en los lagos o jugar con los otros chicos de su edad, se recostaba sobre el suelo a admirar el cielo. Rechazado por sus pares, buscaba consuelo en los libros, que en vez de leer, devoraba. Cuando volvía llorando de la escuela porque una chica que le gustaba lo despreciaba, doña Libertad le preparaba la leche con abundante chocolate y le susurraba al oído «confía en ti»... Así pasó parte de su niñez y preadolescencia.

Nunca pensó en hacerse famoso, firmar autógrafos o sacarse *selfies* con sus fanáticos... Sólo quería describir el movimiento de los planetas de la manera más clara posible.

Como todas las tardes, debajo de ese árbol, que su abuelo había plantado, pasaba sus horas meditando, estudiando e incluso dibujando. Hasta que un buen día, esa manzana que cayó sobre su cabeza desató la polémica. Sus ideas lo llevaron a la locura y hasta a ser esclavo de sus enemigos. Fue más odiado que amado. La iglesia lo discriminó por ser brujo (o así dice Pancho Primero).

No es fácil ser un genio y más en los tiempos en que él vivió. Eso no lo desanimó: estudiaba a escondidas porque muy en el fondo de su ser, sabía que tenía razón con lo que decía. Tenía un cuaderno que llevaba a todos lados, no se apartaba un segundo, hasta dormía con él. Pensaba que si sus anotaciones caían en manos equivocadas, serían usadas para controlar a las personas y no para iluminarlas. Su amigo, Judas, fue testigo de su vida e ira, pero tentado por la plata lo traicionó.

Sin embargo, él lo perdonó minutos antes de ser incinerado.

Hoy en día, sus leyes nos dominan...

Consigna: Describir un personaje



Taller: Lectura y Escritura (2014)

Victoria Cotarelo

# Quién (es) soy

Se me conoce como Cristian De Cicco. Ese es mi nombre, yo respondo a él y cuando por ahí algún descuidado quiere llamar mi atención, así se refiere.

Pero quién soy yo realmente es otra cosa y, de hecho, creo que no lo sé; como ser social mi vida se basa en mi relación con los demás y al fin y al cabo son ellos los que me terminan definiendo.

Por eso voy a contarles lo que sí sé, que es cómo me gusta vivir. Me gusta encontrar la belleza en cada una de las cosas que me rodea, en la sonrisa de una abuela recibiendo un beso de su nieto, en mi perro que llorisquea cuando me voy de casa, en la tarde de lluvia que veo a través de la ventana, en el agua que fluye por el río, en un poema de Borges. Me gusta andar, mirar y leer para conocer el mundo y descubrir sus maravillas. Me gusta la gente que me rodea, porque puedo compartir con ellos todo eso.

Fuera de esto, no sé más nada salvo una cosa: que, como yo, el resto también se construye en el otro, incluso en mí, y eso me hace parte de ellos.

Cristian De Cicco Genaro

Consigna: Escribir un  
texto a modo de  
presentación



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Cuando terminan los finales y entregas de parciales y se acercan las fiestas de fin de año, suelo viajar a Mar del Plata a visitar a mi mamá. Pasamos el mes de enero y parte de febrero juntos, y luego vuelvo a La Plata para seguir con la carrera y mi trabajo. El hecho que voy a relatarles sucede de noche y, obviamente, en verano.

Terminábamos de cenar y fuimos al dormitorio para ver el recién comprado colchón inflable. Al ser un departamento pequeñito en sólo dos pasos estábamos en la habitación. Mi mamá (de ahora en más será denominada con mucho amor como «mi vieja») abrió el ropero y sacó una caja bastante grande donde estaba el famoso colchón inflable. Nos sentamos en la cama y mientras ella retiraba de la caja el colchón, yo me puse a leer las instrucciones de uso.

—Má, acá dice que tenemos que usar un inflador de pie —le dije.

—Ah, esperá que traigo el de la bicicleta. A ver si sirve —me respondió.

Fue al comedor y trajo el inflador de bicicleta. Probamos con una de las modalidades del inflador. Sabrán disculpar mis queridos lectores que este autor tiene muy poco conocimiento sobre infladores, bicicletas y utensilios del rubro. En consecuencia es muy posible que la «modalidad del inflador» tenga un nombre específico, el cual desconozco. El caso es que no funcionó. El pico del colchón era muy grande si se usaba el inflador como para inflar una cámara de bicicleta y era muy chico si se usaba para inflar una cámara de moto. Dejé el inflador en el comedor y volví a la habitación. Nos quedamos mirando el colchón como si se tratase de un aparato extraño que no lográbamos entender.

—¡Ya fue! —dije—. Lo inflamamos a pulmón entre los dos.

Mi vieja estuvo de acuerdo y el primer turno me tocó a mí. Es importante remarcar que estábamos en un departamento que tiene paredes gruesas pero que dejan pasar *todos* los ruidos. De modo que inspiré una succulenta bocanada de aire y suavemente comencé a inflar el colchón. Soplé como para inflar un globo y el colchón me dio su respuesta. El aire que pasaba por la válvula del pico hizo un ruido demasiado extraño pero gracioso. Sonaba como un loro afónico gritando: si es que eso alguna vez ha sucedido, puedo asegurar que suena así.

—¡David! ¡No hagas ruidos raros que los vecinos van a pensar que estamos matando a un animal! —me reprendió entre risitas mi vieja.

—¡Pero fue el colchón! —le respondí en voz baja.

—¿En serio?

—Sí, mirá, tomá, fijate —y le pasé el colchón tapando la válvula con el dedo índice.

Mi vieja tomó aire y procedió a inflar como si de un globo se tratase. El colchón hizo más ruidos entrecortados de loro afónico y acto seguido nos reímos los dos con ganas. Habremos tardado una hora en inflar ese colchón. Aprendimos que había que soplar muy fuerte para que no hiciera ese ruido gracioso, el único problema era que inflar a pulmón un colchón tan grande nos dejaba mareados. Tomábamos grandes cantidades de aire, lo expulsábamos rápido dentro del inflable y repetíamos el proceso. Al terminar estábamos mareados y tentados por el ruido que producía la válvula.

El próximo día de la madre ya sé qué regalarle a mi vieja: un inflador de pie, sea esto lo que sea (en caso de no conseguirlo, creo que optaré por un pulmotor).

Consigna: Escribir un  
texto basado en una  
anécdota



Taller: Lectura y  
Escritura (2015)

David Der Dunkenheilt

# Martín Fierro: un canto desolado

Que el *Martín Fierro* es un canto es algo hartito conocido. Muchos han sido los prólogos, las reseñas, las interpretaciones que se han hecho de esta obra emblemática de la literatura argentina. Y si es emblemática no es únicamente por su estilo y por su verso pegadizo, sino porque relata como ninguna otra las dichas, y sobre todo las desdichas, de ese personaje autóctono y que, al momento de publicarse la obra, se hallaba ya en peligro de extinción: el gaucho.

No se trata de un relato hecho por quien observa un espectáculo desde la comodidad de la tribuna. El *Martín Fierro* está escrito desde las entrañas mismas del padecimiento, de la opresión, de la impotencia.

El gaucho Martín Fierro, para muchos el gaucho que representa a todos los gauchos, nos advierte desde el comienzo que no canta solamente por disfrute o por ser un virtuoso, sino ante todo por la necesidad de cantar, la necesidad que tiene toda alma en pena de desahogarse.

El personaje se presenta al lector como alguien a quien ya no le queda más nada, alguien que lo ha perdido todo: su mujer, sus hijos, su rancho, su vida placentera; y por oponerse al imperio de la ley, por negarse a ser reducido a la condición de bestia trabajando en los fortines de guerra y en las haciendas de los terratenientes, no tiene otro remedio que vagar en soledad a la espera de que le llegue el juicio final.

Esta obra puede ser leída como una simple pieza arquetípica de nuestra cultura, reminiscencia de nuestra historia y de un tipo social prácticamente inexistente en nuestros días, o puede ser leída además como un canto de libertad, un canto de lucha por la dignidad humana.

Consigna: Escribir una  
reseña bibliográfica



Taller: Lectura y  
Escritura (2016)

Federico De Stefano

# *Instrucciones para enamorarse*

Tendrá que prestar suma atención a las siguientes instrucciones si lo que usted quiere es enamorarse.

En primer lugar piense, reflexione y elimine todo sentimiento, por mínimo que sea, por la persona a la cual amó antes (si es que la hubo, claro). Este paso es importantísimo, no por nada es el primero. Si quedan suspiros, recuerdos o lágrimas que pertenezcan a algún viejo amor, enamorarse nuevamente va a ser tarea difícil.

Una vez que se haya eliminado todo sentimiento, se va a sentir un gran vacío, algunos dicen que es en el corazón, otros en el alma, no viene al caso. De cualquier forma se dará cuenta cuando sienta ese vacío. Es momento de ponerse en movimiento.

El siguiente paso requiere dirigirse a los lugares que usted visita frecuentemente, ya sea la escuela, el trabajo o la facultad. En cualquiera de los casos, lo que tiene que hacer es prestar mucha atención a sus pares o compañeros. Es imprescindible estar atento, dada la cantidad de personas con las que se cruzará. Ahora sí, viene la mejor parte. Elija a uno de los mencionados anteriormente y haga que ese vacío que sintió al principio se vaya llenando. Cada día un poco más.

Pasadas unas semanas, y sabiendo que la razón por la que se levanta de buen humor y llega temprano a la escuela/trabajo/facultad (a diferencia de semanas atrás), es simplemente por sentir unas ganas inmensas de ver al *elegido*, significa que se está acercando al final de lo propuesto.

Ahora es cuando debe seguir por ese camino y no retroceder ni un paso. Lo que debe hacer es averiguar si el elegido tiene sentimientos recíprocos con los suyos. Puede empezar por hacerle una sonrisa y prestar atención a ver si es devuelta. Otra pista es ver su comportamiento hacia usted. Puede ocurrir que reciba de su parte una invitación al cine, a tomar un café o miles de alternativas más. En este momento, lo más probable es que usted sienta como si adentro suyo explotara una bomba y revolucionara todo su interior. ¡No se asuste! Es una buena señal. Lo que usted sintió se lo conoce comúnmente como «ansiedad» y significa que cada vez está más cerca de la meta. No dude en responderle que sí a la invitación, ya que será una ocasión indispensable para descubrir finalmente si el sentimiento es mutuo.



Importante: si usted advierte que el elegido no se encuentra interesado en usted, desista, no baje los brazos y busque a otro individuo. De lo contrario es muy probable que comience a experimentar la agonía de no ser correspondido.

Sin embargo, al haber sido invitado por esta persona, hay un ochenta por ciento de probabilidades de que usted sea correspondido. Así que apueste al optimismo y siga con los últimos pasos de las instrucciones.

Cuando usted esté completamente seguro de que ambos están interesados el uno en el otro, *debe* comenzar a pasar más tiempo con el elegido. Este es el último paso, pero el más largo en cuanto a tiempo. Usted debe sentir que le gusta pasar tiempo con la persona en cuestión. Y, esto es importante, si logra advertir que al momento de separarse ya quieren volver a encontrarse, o que cuando no están juntos usted piensa constantemente en el elegido... felicitaciones, se ha enamorado.

Consigna: Escribir  
instrucciones para una  
tarea cotidiana



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Melanie Eidintas

# *Instrucciones para abrir una puerta*

Puertas. Las hay en todas partes, no podríamos pasar un día sin cruzarnos con una de ellas; incluso si permaneciéramos en nuestro hogar es imposible no chocárselas a cada rato. Por ese motivo, desconocer cómo abrirlas sería un acto que no pasaría desapercibido frente a los demás. Para que no entre en desesperación y pueda afrontarlas con total soltura, a continuación le daremos todas las instrucciones necesarias para abrir correctamente una puerta.

Un aspecto a tener en cuenta es que la apariencia de estas simpáticas estructuras puede ser muy dispar de una a otra, por lo que es muy probable que nos encontremos con ellas y no notemos su naturaleza de forma instantánea.

En fin, sea cual fuere el tipo de puerta que se nos presente, una vez frente al objeto en cuestión es muy importante tener una de nuestras extremidades superiores completamente libre, aunque algún valiente y experimentado pueda sostener alguna pequeña cosa y realizar la operación a describir. Esa excepción dejémosela a los expertos.

Ya listos para consumir la acción, haciendo uso de la mencionada extremidad superior –la mano– tomamos aquella parte de la puerta de forma alargada que sobresale de ella, que se encuentra a la altura aproximada de nuestro abdomen, y es del tamaño justo para que se acomode a nuestra mano. Una vez sostenido firmemente tal elemento, conocido de forma universal como picaporte, lo inclinamos hacia abajo. Preste atención. Este momento requiere gran exigencia en cuanto a coordinación del cuerpo: ya bajo el picaporte, y sin olvidar de mantenerlo de esa manera, procedemos a empujar la puerta.

He aquí un particular problema que merece una explicación aparte. Existen dos grandes clases de puertas: por un lado, aquellas que debemos empujar hacia adelante y, por el otro, aquellas que empujamos hacia nosotros o que, para decirlo de manera apropiada, tiramos hacia nosotros. Debido a la complejidad de esta preocupante paradoja, en la actualidad se ha llegado al acuerdo de colocar un vistoso cartel en cada puerta con las indicaciones «Tire» o «Empuje», respectivamente. Por lo tanto, ya no debemos intranquilizarnos tanto

por dicho inconveniente. Aun así, quizá sea uno de los aspectos más difíciles de afrontar, que genera grandes conflictos a la hora de abrir una puerta.

La distancia apropiada a mantener con la puerta elegida es aproximadamente de treinta centímetros. No se debe olvidar esto, ya que si nos acercamos de más implicaría que la parte superior del elemento a abrirse podría rozar de forma peligrosa nuestra cabeza y, peor aún, una distancia mayor a la aconsejada provocaría un suave balanceo que terminará, en el mejor de los casos, con un suave tropezón.

Si ha entendido hasta aquí puede ponerse contento, ya que está a punto de estar preparado para realizar esta peculiar acción. Sólo debe agregar el paso final. Sí, sólo un paso, pero que, para no generar golpes ni desencuentros debe recordar lo siguiente: si la puerta es de aquellas que se «empujan» el paso será necesariamente hacia delante; en cambio, si es de aquellas que se «tiran» el paso debe ser hacia atrás. Nunca lo olvide.

Muy bien, sólo queda practicar. Usted ahora ya sabe cómo abrir una puerta.

Consigna: Escribir  
instrucciones para una  
tarea cotidiana



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Lucila Faranna

# *Instrucciones para ir al bingo*

Atención, está a punto de cambiar para siempre su destino. Tan imprudente como cruzar en rojo es comprar un cartón sin reparar en el vendedor. Así le irá si no se mimetiza en el ambiente lúdico, esa nube de nicotina en que nadie estornuda porque el cigarrillo es una cábala más; y si estornuda, rompe con la normalidad, y la suerte cambia, y usted será llamado o llamada «piedra», es decir, aquél a quien nadie se acerca, con quien nadie se sienta ni cruza mirada, porque en la sala de juegos la mala suerte es una gripe viral. Puede alzar la mano o abalanzarse sobre un vendedor, pero jamás trastoque las reglas acordadas por los ocupantes de la mesa: la señora regordeta toma los primeros cartones, siempre, cada ronda ella elige primero. Sólo después continúa la venta. Imagínese ser usted el primero y un rato después coronarse ganador o ganadora. Sin dudas, se desataría una terrible trifulca sin normas escritas que por esa misma razón sería un despelote mayúsculo. Con seguridad lo matarían a palos por hacerse el piola.

Ante todo, respeto; este es un ámbito tradicional en alguna medida, las migajas de poder están desparramadas de acuerdo al orden de llegada o, en su defecto, a la decisión de los jugadores más añosos. O de los que primerean. Así, un semblante impenetrable puede decir «Yo le voy a comprar a la jovencita esa». Punto. Nos indica de este modo que lo mejor será proveernos de cartones vía otra persona, pues todos los que pasan por manos de «esa jovencita» estarán monitoreados por la memoria del señor.

Evite problemas. No fume si nadie lo hace, aún si lo autorizan a hacerlo; repito que cambiar el orden normal de los hechos, su «natural desenvolvimiento», le causará infortunios. Esto funciona así: supongamos que el señor que le compra cartones a la joven tiene una buena ronda de bolillas; le queda un solo número sin tapar y el silencio se raja con un lejano, agudo y maldito grito de «¡bingoooo!»; es decir que le rajan el corazón con una lapicera. El hombre asociará su desgracia a la novedad, al recién llegado —¡usted!— que se puso a fumar en la mesa en la que nadie estaba fumando.

Tal vez, luego de semejante metida de pata, pase a ser, como ya se dijo, el piedra de la mesa. Y, claro, cada ronda desafortunada irá aportando argumentos a la hipótesis que en pocos minutos será una teoría totalmente comprobada.

¡No sea boludo! Deje de parlotear en medio del juego, está rompiendo la concentración en el momento más vertiginoso de la

Consigna: Escribir  
instrucciones para una  
tarea cotidiana



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

noche, cuando los ojos se hunden en la mesa y el mundo desaparece. Otra vez, no sea pelotudo; para conversar tiene la barra. Entonces va, pide un trago y habla pavadas con total libertad.

Imagínese jugando al ajedrez contra la fortuna y tres mil personas y sus ansiedades sin bozal. Y usted matando el tiempo con pavadas. Peor que en la ruleta rusa, aquí los perdedores mueren para revivir y volver a perder; desmoralizarse en una ronda de sólo dos números tachados para llenarse de esperanzas cinco minutos después y volver a perder para tener otra posibilidad. Y así. De aquí se irá sin un peso y cansado de fumar, a deshora y extraviado en su confusión. Habrá ganado más de un problema.

Aldo Frutos

# Presentación

Se cae y se levanta. Se vuelve a caer y se vuelve a levantar. No sabe cuántas caídas más tendrá, sí sabe que de todas logrará recuperarse y ponerse de pie. Busca en el presente aquello que en el futuro justifique su pasado.

Nostálgico de los tiempos que vendrán pero nunca verá, encuentra refugio imaginándolos dentro de su mente. Cuando su tiempo se acabe, le gustaría quedarse, aunque sea como un simple observador, para satisfacer su infinita curiosidad.

De naturaleza conciliadora, intenta equilibrar la balanza allí donde cree que hay desigualdad. En su afán de alejarse de los extremos, se vuelve extremadamente cauteloso.

Ocasionalmente, las opciones y decisiones lo abruman. Su libre albedrío es bendición y maldición. Cuando elige, piensa más en lo que pierde que en lo que gana. Pero nunca permite que otro elija por él.

Necesita un llamado de atención, de vez en cuando, para dejar de pensar por un momento en la meta y detenerse a disfrutar del camino. Ese camino que aún no sabe adónde lo llevará. La incertidumbre le genera tanta inseguridad como esperanza.

Y así se encuentra ahora, parado en el camino. Sin saber de manera precisa adónde va, pero con confianza ciega en sus pies.

Consigna: Escribir un  
texto a modo de  
presentación



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Joaquín Gerber

# *Usted está aquí*

Para que el teatro sea tal, se necesita de dos componentes básicos: actores que representen y un público que los contemple. Pero en algunos casos esa línea imaginaria que marca el escenario y divide a estos dos grupos se vuelve algo difusa y hasta desaparece. No hablo de una cuarta pared que se rompe. No, aquí ni siquiera hay pared que romper. Así es la propuesta de *Usted está aquí*.

Difícil tarea la de escribir una crónica sobre un espectáculo teatral del que no se puede dar detalles. Antes de comenzar la obra, uno realiza un acuerdo de no contar nada de lo que sucede las noches de miércoles y domingos dentro los pasillos, escaleras y demás rincones de la Ciudad Cultural Konex. Al salir reafirma el acuerdo y se siente en la obligación moral de cumplir con lo pactado, para no arruinarle la experiencia a quienes se animen a ir, por no traicionar a los realizadores y no traicionarse a sí mismo. Porque en *Usted está aquí*, como antes mencioné, no hay espectadores en el sentido más técnico de la palabra. Es un viaje donde hay protagonistas-guías y protagonistas-viajeros. Los primeros llevarán a los segundos por un onírico camino, donde costumbrismo y surrealismo se alternan el uno al otro. A pesar del nombre, la mayor parte del tiempo uno no sabe dónde está parado, y ese no saber, esa desubicación, es la que invita a interactuar con el público buscando complicidad y con los actores pidiendo un poco de orientación.

Pero hasta acá puedo contar. Develar más de la cuenta arruinaría la sorpresa. Porque de eso se trata, de dejarse sorprender, aprovechar la libertad del anonimato y abandonar las inhibiciones en la puerta. Salir de la zona de confort que nos proporciona la butaca y animarse a ser protagonista.

Consigna: Escribir una  
reseña de un  
espectáculo cultural



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Joaquín Gerber

# Los multiversos

La física o mecánica cuántica nos dice, entre sus postulados, que la materia puede comportarse como onda y a la vez como partícula: todo dependerá del ojo del observador y de qué herramienta utilice para observar. Es el propio observador quien, a través de su sistema nervioso perceptivo, le da significancia a la realidad; de este modo, se infiere que existen tantas realidades como observadores existan.

Además, esta disciplina plantea la existencia de once diferentes dimensiones, de las cuales el ser humano está ubicado dentro de la tercera dimensión, que se mide a través de tres ejes vectoriales, denotando alto por ancho por profundidad; la cuarta dimensión sería una variable adicional a la tercera; un ejemplo de esto podría ser el tiempo.

Nos adentraremos directamente a la octava dimensión: aquí se plantea que todo aquello que un ser humano pueda llegar a pensar existe en un universo paralelo, o también denominado «multiverso»; todas las posibilidades están contempladas dentro de esta dimensión.

Utilizando al *Facundo* a modo de ejemplo, podemos decir que en un universo paralelo fue Diderot quien citó a Sarmiento, escribiendo con carbón debajo de un puente «Civilización y Barbarie» y huyó exiliado hacia Argentina.

En el caso de «El matadero», al cual Ricardo Piglia lo categorizó como «pura ficción», podemos decir que realmente existió, en un universo paralelo, por supuesto.

Siguiendo con la temática y ejemplificando con este último texto podemos decir que, en un universo paralelo, fue Rosas quien lo escribió y Echeverría era el Restaurador... Pero vayamos un poco más allá y demos rienda suelta a la imaginación... total, todo es posible:

En un universo paralelo, llega al matadero una tropa de cincuenta humanos, de los cuales cuarenta y nueve son faenados y el último se escapa, ocasionando la muerte de un indefenso ternero. Finalmente este salvaje, indomable y embravecido humano es capturado. Mientras lo faenan, pasa por el matadero (un lugar claramente Aberdeen angus) un joven ternero Hereford, el cual es capturado y torturado (por utilizar un bramido suave) hasta que muere.

Así, y sucesivamente, podemos ir descubriendo nuevos multiversos *ad infinitum*, todo estará en la mente, todo existe... o no. La paradoja de Fermi plantea que hay una estimación de cien planetas análogos a la Tierra por cada grano de arena del mundo: pareciera ser un gran

Consigna: Texto libre  
basado en lecturas del  
taller



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)



número, ¿no? ¿Será descabellado entonces decir que nuestra imaginación no es mera creación de la mente, sino que, en realidad, todo existe en alguno de estos planetas y lo que sucede realmente, se encuentra en alguno de ellos?

¿Por qué no?

Santiago González

Soy un relieve con débiles fronteras. Desbordo.  
Límites siempre a punto de estallar.  
No me conozco. No sé quien puedo llegar a ser.  
Abismos asustan delante de mí. Pocas veces una llanura, una  
explanada, un reposo.  
Ansiedad al extremo. Miedo a caer.  
Observo perfectamente las profundidades desde arriba, las  
reconozco, me reconozco, pero no me animo a bucear en ellas.  
Soledades se divisan desde la montaña, reflejando mi interior.  
Veo amaneceres inalcanzables, sólo plausibles de ser mirados.  
Delineo pasiones extremas, pero sólo me convierten en una pajera.  
Soy un estado en guerra civil, las comunidades no logran  
consensuar...  
Recibo los llamados de todas, pero son incompatibles.  
Soy mi nombre: un río transparente y reluciente en el fondo,  
un río veloz, pero con energía que gasto en mi propia aniquilación.  
Una cordillera me dio a luz, un lago me bautizó, un bosque me dio  
paz,  
pero no fue suficiente, tuve que huir de allí.  
Soy un vagabundo preso de su paisaje.

Consigna: Escribir un  
texto a modo de  
presentación



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Aluminé Gorgone

# *Mi vida sin mí*

Me pidieron que hiciera una autobiografía sobre mí, y les pregunté a la luna y a mis amigas las estrellas, aquellas con las que he compartido tantos momentos.

Me pidieron que me confesara sobre el papel y le pedí aliento a mi amante el frío, pero cuando intenté gritar mis palabras se evaporaban, me sentía viva.

Intentaba explicar aquello de que lo normal no existe, que los amigos son la verdadera familia por elección, que no necesitas encontrar tu lugar en el mundo si eres capaz de sentir hogar en cualquier punto del globo con las personas adecuadas.

Procuré evitar el sol y que éste dañara mi porcelana; cualquier antítesis de Ícaro me hubiera bastado.

Viajé, descubrí acantilados maravillosos, retrocedí a las lenguas muertas y padecí su «carpe diem».

Descubrí que una buena amiga vale más que cualquier diván, que la religión es el opio del pueblo, que toda acción tiene su reacción y que el tiempo pone a cada uno en su lugar.

Me irrité con la opresión, lloré con la injusticia y construí un muro a mi alrededor encarcelando cualquier sentimiento.

Fui feliz, a veces no tanto, corrí, reí, amé, tropecé y me volví a levantar. A veces me hicieron daño, otras fui yo la que cometí el error.

Hasta que llegó el día en el que me pidieron que me liberara, que explicara como soy. Ojalá entendieran que no puedo. Ojalá comprendieran que ni yo lo sé.

Consigna: Escribir un  
texto a modo de  
presentación



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Carlota Gutiérrez García

# Decálogo del Buen Empleado Público

*Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.*

Este decálogo está inspirado en dos compañeras de trabajo que, además de quejarse todo el tiempo por todo, cobran más que muchos de nosotros, tienen más flexibilidad horaria que cualquiera y se dan el lujo de reír todo el día. Respetan al pie de la letra este decálogo, exceptuando uno de sus puntos, que, en sus casos, sería el de reír con el jefe, en tono chupamedístico y sin entender su humor machista y degradante.

- 1) Llegar al trabajo en un horario considerable (se entra a las ocho de la mañana, pero hasta las nueve podemos ingresar sin represalias).
- 2) Desayunar en la oficina.
- 3) Ingerir hidratos de carbono (de todo tipo, mientras más grasos mejor y luego quejarse ampliamente de la propia ingesta).
- 4) Pulular de oficina en oficina, llevando luego chusmeríos de cada una de ellas al jefe.
- 5) Poner música y hacer mate, fundamental para arrancar cada jornada laboral.
- 6) Recorrer las oficinas consultando a los compañeros si alguien va a almorzar y qué es lo que piensan almorzar.
- 7) Revisar las redes sociales (con énfasis).
- 8) Recién entonces, comenzar a trabajar (aquí se puede hacer una salvedad en el caso expuesto: su trabajo sería reír de los chistes degradantes y machistas del jefe, incluso cuando ellas son parte del chiste).
- 9) Salir a pagar cuentas.
- 10) Ante la continua acefalía, libre albedrío y nos vamos todos antes del finalizar el tortuoso horario de seis horas diarias de esta inquebrantable rutina.

Consigna: Redactar un decálogo



Taller: Escritura Creativa (2015)

Leandro Herce

# Por qué escribo

Consigna: Responder a la pregunta ¿por qué escribo?



Taller: Lectura y Escritura (2014)

¿Por qué escribo? ¿Y por qué no hacerlo? Escribo porque me llena, porque es la forma mas fácil de plasmar aquello que veo en mi mente e intento describir. Escribo porque es una vía de liberación, una forma de desahogo quizás. Lo que callo, lo redacto y lo plasmo y si no lo hago, lo vuelvo a redactar para luego volverlo a guardar. Alguna vez se dijo que valen más las palabras escritas que aquellas que son arrojadas al viento: lo escrito no es efímero, es permanente. Yo quiero perdurar, quiero traspasar las épocas y los siglos, quiero ser verdaderamente inmortal. Escribo porque soy una romántica empedernida, porque todos los suspiros en letras son algo diferente, que vienen acompañándonos de muchas cosas que no me animo a decir. Escribo porque algún día me gustaría plantar un libro y escribir todo un árbol. Escribo porque no tengo otro remedio, la locura es incurable y la tinta sólo es un remedio temporal.

Sabrina Hochman

# *Diálogos con la tostadora*

Supongo que todos, en algún punto de nuestras vidas, nos hemos sentado frente a un electrodoméstico y entablado una conversación con él. O, por lo menos, quiero creer que eso es normal; yo lo hago todo el tiempo. Uno de los electrodomésticos más ignorados es la tostadora, así que decidí hablarle ayer a la noche, a ver qué tenía que decir. Y lo que me dijo me asustó, me hizo recapacitar y enojar hasta cierto punto. ¿Cómo puede ser posible que algo que no te hable nunca, tenga tanto que decir? He aquí la duda: ¿escuchar o no hacerlo? ¿Cuál es el trabajo de la tostadora? ¿Tostar el pan? ¿Ser utilizada como espejo? ¿O ser utilizada para obtener pequeños shocks eléctricos al introducirle tenedores de metal? Ser psicóloga, tal vez. Lo que tuvo la tostadora para decirme no fue nada lindo, casi la estrello contra el piso. Es verdad que decidí escuchar en vez de no hacerlo, y aunque no tuviera cosas lindas que decirme, me senté ahí y con la cara entre mis manos me vi a mí misma reflejada sobre su superficie, hablándome, diciéndome que estaba mal y que necesitaba cambiar.

Sentada frente a mí misma, como decía, la tostadora me indica que en realidad no entendía nada de lo que había dicho la noche anterior, que todo lo que había dicho en la cocina no tenía sentido, y que carecía de un orden y una lógica. Y es normal que me diga esto, porque lo dije y lo repetí mientras giraba en el centro de la sala, hablándole al techo, que no tenía la más mínima idea de qué era lo que estaba diciendo en realidad. «¿Qué quieres entonces?», me volvió a preguntar. Yo, con cara de asombro y confusión, miré hacia el piso, como siempre lo había hecho. «No sé», respondí. «Quería hablarte», dije con la mirada baja. «Eso es mentira, sólo buscabas una excusa», me dijo, o por lo menos eso fue lo que creí escuchar.

Me senté en el medio de la cocina y la miré desde abajo, ella se acercó al borde de la mesada y se inclinó, sus patitas se doblaban, en un firme poc poc poc. «¿En qué piensas?», me preguntó. «En los errores que cometí», le respondí. «¿Son muchos?», preguntó de nuevo con cara de asombro, creo que me entendía. Sus ojos me miraban fijamente, nunca apartándose de los míos. «Creo que son muchos, algunos no los puedo recordar», contesté tratando de recordar todo lo que había hecho mal, o que creí haber hecho de una manera incorrecta, o que pude haber mejorado. «Tendrías que poner las cosas en claro, poner en orden tus pensamientos, porque en realidad, como siempre, no estoy entendiendo nada de lo que me dices. Me haces

gastar el tiempo escuchándote», me dijo. Y yo con eso me quedé en blanco.

¿Cómo era posible que en ese momento, un objeto que funcionaba a base de electricidad y otras sensaciones nerviosas, tuviera más raciocinio que yo? Estaba en una nube de niebla con respecto al mundo que me rodeaba, eran horas tardías de la noche o muy tempranas de la madrugada, y digamos que mi mente me estaba jugando un par de bromas. Decidí callar, y retirarme, dejando a la tostadora sola en la cocina, apagando la luz, y esperando que regresase a su estado habitual de simple electrodoméstico.

Consigna: Escribir un  
texto basado en una  
anécdota



Taller: Lectura y  
Escritura (2015)

Supongo que en alguna otra noche, donde todo sepa a silencio y soledad, ella me volverá a hablar, a decirme y hacerme caer en la cuenta de que, en realidad, no tengo nada claro. De que en realidad no sé nada. Y quizás ahí sí la estelle contra el piso. Para luego recoger las piezas de lo que alguna vez fue una gran sabia. Y volverme a reflejar sobre su superficie, mirando entre reflejos chuecos y torcidos, a quien me hablaba todo el tiempo.

Sabrina Hochman

Nunca dejé que una fecha o una acción condicionara lo que siento. Pero cuando el cuerpo ya no aguanta más carga y la mente no soporta más recuerdos, colapsa y cae ante la mirada de quien observa.

Un baile que no tiene partícipes. Un salón que se encuentra solitario. Un ultimátum.

Palabras de amor que se desvanecieron en el viento, promesas y puentes que fueron creados sobre abismos, y aunque parezca que el vacío duerme, aunque se ve tranquilo, aguarda abrir sus fauces y tragarme entera. Devorando mis sueños y mis deseos, mis anhelos y mis motivos, mi todo dejando solamente mi nada.

Un ultimátum nos espera, a ti y a mí, juntos y por separado. Para decirnos y clavarlos el cuchillo del final, el del nuevo comienzo, el certero y fulminante, en un café y en una sola frase:

—Ya no te amo.

Consigna: Texto libre



Taller: Escritura  
Creativa (2016)

Sabrina Hochman



# *Algunas consideraciones acerca del uso (y abuso) de los recursos lingüísticos en las redes sociales*

## *© la impunidad del lenguaje en Facebook*

Después de recibir en mi teléfono celular un «m qd sin cred llamme» de algún amante pasajero que mostraba su intencionalidad de comunicarse conmigo —o, en este caso, de que yo me comunicara con él—, creí que nada podría superarlo. Por supuesto, aborté la idea de sacar a este muchacho de su pasividad discursiva, de su amarreteo lingüístico, y me puse a observar, en una especie de estudio etnográfico, la cantidad de calamidades que uno comete en el afán de comunicar/se con el otro (si es que lo que se está buscando es comunicarse con el otro).

Es por eso que inicio una pequeña lista de falacias, falencias y otros yuyos, para darle alguna salida a mis rabieta, sin pretensión de agotar el tema (siempre conviene aclarar que no se tiene pretensiones de agotar el tema, dado que esto suena mejor que admitir que después de dos o tres frases ya no se te cae una idea).

Los que utilizan las «caritas sonrientes», también llamados emoticones, como forma de respuesta a un mensaje. Para qué uno va a tomarse el tiempo de pensar, plantear, pulir un comentario, un par de palabras quizás, si tiene a mano todo un abanico de recursos visuales, de caritas felices que pueden reemplazar la tan perimida palabra. Por qué recurrir a una frase si podemos clavar el dedo en un emoticón, que por cierto tiene un nombre muy simpático, y expresar así todo aquello que somos incapaces de expresar de otra forma. Como defensa del emoticón, podría decirse que resulta muy a mano, muy fácil, pero también muy impersonal, y es esa impersonalidad de la que tengo ganas de renegar hoy, si se me permite.

La liviandad del «me gusta» y la eterna pregunta acerca de por qué no existe un «no me gusta» en Facebook. ¿Por qué es el «me gusta» o la nada misma? Por qué tengo que decidir entre estar de acuerdo con

algo o la indiferencia total y absoluta. Por qué no puedo plasmar mi desacuerdo, mi indignación, mi falta de consideración y toda esa maraña de malos sentimientos que me produce ver un comentario del tipo «Los ricos se llaman Brian y los pobres Juan». ¿Será acaso que Facebook fomenta el conformismo? ¿que promueve una especie de sociedad virtual de gustadores de cosas y no de repeledores y quejosos? Será quizás que la cohesión social está en juego, y no debemos manifestar un desacuerdo —que sin embargo va a buscar otra salida para ser manifestado— porque queremos una sociedad de armonía y no de conflicto. Tómese nota.

Los pacificadores, que ante un comentario que claramente busca prender la mecha de una discusión, caen en el relativismo total de un «muchachos, todos pensamos diferente, respetemos nuestros puntos de vista». Señoras, señores: si estamos usando este medio es justamente para no respetar nuestros puntos de vista y bardear impunemente al otro; y lo hacemos detrás de una fotito que fue calculadamente buscada entre muchas otras en las que salimos con cara de nabo o naba y que no subimos, porque, como sabemos, la cara de nabo en las redes sociales no garpa.

Los publicadores compulsivos, que «re-publican» noticias que salieron en todas partes, por si acaso no te enteraste. Y así vemos caer una y otra vez las torres gemelas desde distintos ángulos, gracias a que se tomaron el trabajo de buscar varias y diversas fuentes. Son los que de mañana a tarde van midiendo la temperatura de las noticias de contenido social; comentadores avezados del estado del estado del tiempo; corresponsales de guerra de su estado de ánimo y de todo aquello que pueda comentarse —y de lo que no también—.

Consigna: Escribir una  
aguafuerte a la manera  
de Roberto Arlt



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Gisela Huaracallo

# Instrucciones para no morir

Hágase a la idea de que la muerte no lo espera a la vuelta de la esquina: esto es particularmente difícil cuando se piensa en ella todo el tiempo. No piense, sencillamente, no piense. Deje a un lado los comentarios sobre sí mismo, sobre los demás y en particular sobre su tía Bertha, que tanto le molestan. Salga a caminar como si cada cuadra fuera la última y no hubiese forma de saber qué seguirá después de cada una. Muchas veces, en la extrañeza de lo cotidiano reside la sorpresa a la que puede aspirar todo ser mundano, incluso usted. Respire, solamente respire, sopletee las narinas con fuerza, no demasiada, porque se corre el riesgo de expirar de un estornudo, y de esa forma se provocará el efecto contrario al deseado. Cuando haya caminado suficientes metros, que contabilizará en la forma de pasos (unos mil doscientos pasos será más que suficiente), emprenda el retorno. Pero cuídese de que ese retorno no sea nunca al mismo lugar. Salude a su tía Bertha por si acaso, ella no sabe que la ha olvidado premeditadamente. Recorra las cuadras que comenzó a andar, desándelas, y devuélvalas poco a poco su cotidianeidad. Nadie sabrá que los pasos se convertirán nuevamente en metros y los metros en cuadras. Su casa lo esperará al doblar la esquina. Sepa que ya no es su casa, sino una casa a la que tiene que volver únicamente. Y cuando la vea, corra presuroso, tímida o torpemente de ser necesario, hasta burlarla. La parca seguirá esperando en su lugar: sépalo, pero usted habrá ganado un ratito más. Y, por cierto, disfrútelo.

Consigna: Escribir  
instrucciones para una  
tarea cotidiana



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Gisela Huaracallo

# Diálogo

*Diálogo: (gr. Did, con y logos, discurso) m. conversación entre dos o más personas. / género literario, en prosa o verso, en que se finge una conversación o controversia.*

## Diálogo de sordomudos

Del Diábolo a la Cuerda en situación de extrema delicadeza, por lo que debe leerse entre líneas.

El Diábolo (D): —Tú sólo me haces girar y girar y yo salgo de mi eje y ya no me puedo encontrar.

La Cuerda (C): —Tú eliges, vil diablo, volver a mi eje del que ya no quiero vuelvas a rozar.

D: —Diábolo querrás decir, ese es mi nombre. El Diábolo. Tú, en cambio, eres la Cuerda, una pobre y simple cuerda, una sogá, aburrida. Para colmo de males tus extremos están sellados, lo que infunde menos gracia a tu figura, que no puede mantenerse erguida, y tu porte dista de ser distinguido. Ni boca tienes, eres sólo unos hilos torzados con cabos de madera para hacerme brincar, relucir, resaltar, divertir a pequeños y grandes. Y yo haciendo lo que estoy hecho para hacer: brillar.

C: —Táchame de aburrida, de simple, de que tengo figura poco armoniosa. Pero tú, razón tienes, pobre y triste Diábolo, tú estás hecho para hacer lo que eres. Dos semicírculos de goma u otro material, unidos en su parte más curva. Tú, tú sólo sirves para divertir, para encantar. Terminado tu espectáculo, ¿para qué otra cosa servirás? ¿Podrás ser una taza que contenga el líquido existencial? ¿Acaso puedes cubrir de la lluvia a quien guste de tan particular gesto? ¿o del sol? Ni aún puedes ser plato de algún animal. Sólo soy una cuerda que ata cabos y los puede desatar, puedo propulsarte (o no), pero tengo utilidad más allá de ti; en cambio, ¿cuál es tu mérito propio si no es en relación directa conmigo u otra cuerda? He allí tu error, amigo Diábolo. No me mires en relación de superioridad. Si me ves desde el cielo, es gracias a mi impulso que no habías tenido en cuenta.

*Clap clap clap clap (APLAUSOS)*

Las Manos: —Muy lindo todo el discurso pero aquí quien mueve los hilos soy yo y a mí me maneja...

El Dueño del Circo: —Basta de cháchara, muchachos, es hora ya del ensayo final.

(silencio)

(D): —Somos simples marionetas, ¡puedo volaaaar!

El Diálogo: —Guarda aún el discurso un secreto que no alcanzo a vislumbrar, narrador omnisciente, ¿dónde te puedo hallar?

La Valla: —Por aquí no pasará.

El Mural: —Dejame alegrar tu entristecimiento, ciudad.

La Lluvia: —¿Qué dirá el Sol cuando sepa que lloré por él?

La Luna: —¿Existe mi opuesto en verdad?

El Sol: —Luna, te persigo, necesito apagar este fuego de ti o en ti.

El Campesino: —¿De qué tanta estructura del subtexto me habla usted? Yo sólo quiero respirar en paz, sin tanta mierda industrial.

La Paz: —Ni soy ni existo, ni aun como ideal, me acribillan a cada instante.

La Mujer: —Grito y no es histeria, no comprendo esta sociedad.

El Dibujo: —Me lees aunque no tenga letras.

Mi Pensamiento: —¿Puede una semilla tener dos ojos y que cada uno sea una semilla?

La sonrisa se abstiene de la palabra.

El final.

Consigna: Poner a dialogar personajes



Taller: Escritura Creativa (2016)

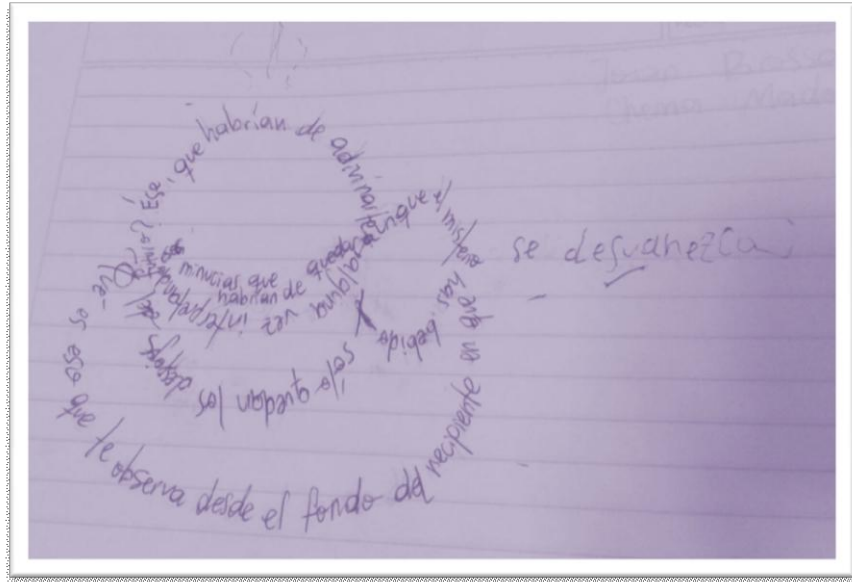
Yemina Juri Ayub

*Caligrama (Café)*

Consigna: Realizar un caligrama a partir de la palabra dada



Taller: Escritura Creativa (2016)



Yemina Juri Ayub

# Universos distintos

A los seis años viajé por primera vez. Me subí a un cohete y viajé a un pequeño planeta llamado Asteroide B612; tan chico era ese lugar que tenía sólo una rosa, pero quien vivía ahí podía ver, en un mismo día, cuarenta y tres atardeceres juntos. Ese fue el primero de los muchos viajes que emprendí sola; ese fue el primero de los muchos universos distintos que conocí.

A los ocho años viajé a otro lugar, sin alejarme de mi planeta pero en una época muy lejana. En esa casa, a la que consideré mía (como probablemente muchas personas lo han hecho), vivían seis mujeres, una más fuerte y admirable que la otra; pero había una en particular, una chica con carácter y ruloso cabello castaño, que soñaba con ser escritora... esa chica tuvo desde el primer momento mi mayor admiración.

Luego de leer ese libro lo decidí, o quizá lo pensaba desde antes. Yo quería ser como ella, quería ser como cada uno de los autores de esos libros que había leído. Yo quería construir otros universos, quería viajar dentro de mi propia imaginación y, si era posible, llevar a todos los que quisieran ir conmigo.

Hubo muchos universos, algunos más extensos, otros más cortos; algunos más cercanos, otros más lejanos; algunos me invitaban a pasar allí más tiempo que otros; algunos me deslumbraron con sus historias, con sus personajes y con sus formas, otros simplemente fueron oscuros pasadizos que se escurrieron en mi cabeza. Pero todos, cada uno de esos lugares que conocí, tenían una misma cosa en común: las palabras se formaban con tanta facilidad en mi mente que lo más lógico parecía ser transcribirlas al papel más cercano y guardarlo para volver a él cada vez que quisiera.

Escribir, entonces, se convirtió en el más barato ticket de avión. Escribir se convirtió en un viaje eterno, en un tren sin destino aparente del que nunca quise bajarme. Las palabras se siguen amontonando con tanta facilidad en mi cabeza, que escribirlas en un papel sigue pareciendo lo más lógico.

Consigna: Escribir sobre  
tu libro (o libros)  
favorito



Taller: Escritura  
Creativa (2016)

Magalí Knopoff

# Entrevista a Enjolras

## (Los miserables)

Entré en la habitación con vacilamiento, con miedo; no sabía qué me iba a encontrar y una parte de mí dudaba de si quería saberlo. Cerré la puerta y giré al oír los pasos acercarse a mí. Un joven, no debía tener más de 25 o 26 años, me sonrió tranquilo, casi como si en realidad supiese todo lo alborotado que estaba mi cerebro. Su rubio y enrulado cabello caía sobre su rostro; sus ojos, de un azul intenso y profundo, hacían que cualquiera se perdiera en ellos, y su porte era seguro, tranquilo, demasiado confiado para su corta edad y su vasta experiencia.

En el centro había una mesa de madera (de roble, supuse) larga, cautivante, vacía; estaba rodeada de sillas, ocho para ser precisa, pero en el cuarto estábamos sólo nosotros dos. Con un movimiento de cabeza, me invitó a sentarme, y sólo cuando estuve apoyada sobre el respaldo de la silla de cuero, noté el mapa antiguo que colgaba justo frente a mis ojos. Era Francia... Tenía encuadrado el mapa de Francia.

—Bien... Aquí estamos —dijo, extendiendo las piernas y mirándome de soslayo. Por un segundo, me sentí incómoda. Era como si me estuviese midiendo, como si quisiera saber qué tan preparada para eso estaba.

—Antes que nada —murmuré, aclarándome la garganta—, quería saber qué se siente estar... eem... bueno...

—¿Muerto? —se rió. Bien, recién comenzaba todo y ya había logrado que se riese de mí. Excelente comienzo—. En realidad, no lo estoy —apenas ladeé la cabeza y él sonrió, casi como si me estuviese disculpando por mi desconocimiento—. Muero cada día, sí, en cada ocasión que alguien termina el libro. Pero también vivo, en cada persona que toma el libro para leerlo, en cada persona que habla sobre mí, en cada persona que me ve como una figura de revolución. Lo interesante que tenemos los personajes de ficción es que no vivimos únicamente en la mente de nuestro autor. Es... —soltó un suspiro y giró la silla para quedar mirándome de frente— como si una parte nuestra viviese en la mente de cada persona que nos conoce, como si simplemente nos fuésemos repartiendo entre los que saben de nuestra existencia. Nuestras muertes son más sencillas, porque en realidad para ustedes no estamos muertos. Si no, si estuviese muerto



y no viviese en ti, por ejemplo, ¿cómo podríamos estar manteniendo esta conversación?

Me quedé en silencio por un segundo antes de sonreír. Sí, por supuesto que íbamos a comenzar con un comentario de ese estilo.

—Bien —me lo quedé mirando. Sonreía, parecía satisfecho con su opinión, parecía tan seguro de sí mismo que ni siquiera cabía la posibilidad de que se estuviese equivocando. Posé la mirada en el mapa y fue como si la pregunta se formase por sí sola en mi mente—. ¿Por qué lideraste una lucha que no era la tuya? —ese fue su turno de quedarse mirándome, como si no entendiese mi pregunta. Apenas le sonreí, como si lo estuviese disculpando por su desconocimiento—. Venís de una familia burguesa, pudiste acceder a una educación universitaria, pudiste instruirte y obtener conocimientos que los demás no pudieron... ¿Por qué elegiste liderar una revolución para liberar al pueblo? ¿Por qué, proviniendo de la burguesía, llevaste esa lucha como si fuese propia?

—Porque, como bien dijiste, tuve la posibilidad de acceder a cosas a las que no todos podían acceder. Tuve acceso a techo, ropa, alimento, educación, cultura... ¿Para qué? Sólo para darme cuenta de que, por cada cosa que yo tuve, hubo alguien que no la tuvo. Yo tuve una casa, sí, y miles duermen en la intemperie. Yo comí cada día mientras otros apenas si conseguían pan duro para comer, eso si eran lo suficientemente afortunados. Hasta que un día entendí que eso no era correcto, que era una situación que no podía seguir ocurriendo... Mientras una minoría se paseaba en carruajes, vistiendo ropas hechas con elegantes y costosas telas, y se podía dar el lujo de decidir qué comer, había otros que solamente vivían de sus limosnas, y esos otros eran la mayoría. No. Eso no podía seguir pasando. No era eso por lo que habíamos luchado en 1789. No era para esto que el pueblo se levantó y luchó.

»Y la lucha de 1832 fue mía, fue tan mía como lo fue para cada uno. Lo fue porque lo sentí así, porque por cada una de las personas que murieron de hambre o de frío, una parte de mí, de mi lucha, se fue con ellos. Fue mi revolución. Fue mi aporte, pequeño quizá, a algo que era mucho más grande que yo, o que cualquiera de los que lucharon conmigo. Francia necesitaba un cambio, el mundo necesitaba un cambio... Aún creo que lo necesitan.

—Entiendo el motivo de la revolución en ese momento, ¿pero realmente crees que en la actualidad sería necesaria una?

—Todo cambio acarrea una revolución, y toda revolución acarrea un cambio. Eso no quiere decir que sean buenos, solamente quiere decir que van de la mano. El mayor problema del ser humano es que tiene tanto miedo a los cambios, a que las cosas no funcionen para él, que se niega a algo que es inevitable. Todo gira, sí, pero en esa misma acción también está implícito que avanza, todo lo que gira avanza. ¿Quiere decir eso que el avance sea positivo? No, por supuesto que

no, sólo significa que nada se mantiene estático, nada permanece igual. Y nada retrocede.

»De esto podemos entender dos cosas. Por un lado: que el cambio sea positivo o negativo depende de nosotros. Las cosas no funcionan, hace cientos de años que no lo hacen, ¿vamos a construir una revolución que nos haga avanzar a todos o vamos a seguir fingiendo que si unos pocos avanzan el resto tiene la posibilidad de hacerlo? Es como si la vida fuese un carro, los ricos se acomodan dentro y los pobres lo empujan... ¿Avanzan? Sí, pero no al mismo ritmo, no en las mismas condiciones. Y vamos dejando personas en el camino; personas que, quizá, si hubiesen tenido otras oportunidades podrían haber hecho de sus vidas obras maravillosas.

»Por otro lado, y lo más importante, es que los hombres siempre van a tener miedo. Los cambios implican caminar terrenos desconocidos, y nadie quiere dejar a un costado las comodidades para explorar lugares que no sabe si le van a gustar. En ese sentido entiendo que es necesaria una revolución. Mientras las personas le sigan teniendo tanto miedo a perder, la revolución va a ser necesaria.

—¿Por qué considerás que Marius continúa vivo y vos moriste? — después de unos minutos en pleno silencio, por fin había logrado articular la pregunta que tanto me costaba formular. Él simplemente me sonrió, como si de alguna forma ya supiese que le iba a terminar preguntando eso.

—Por muchos años me pregunté lo mismo. Quizá porque, en el fondo, realmente me preguntaba por qué Marius había tenido otro destino o, quizá, porque viví en personas como tú, que se preguntan por qué él siguió vivo y yo no. Tengo dos respuestas para eso. Por un lado, porque Víctor Hugo se veía reflejado en Marius, tanto en su historia como en su forma de actuar, y su miedo a sufrir ese destino le causó el dejarlo vivo; a su vez, cuando él escribe la novela, 1832 ya había pasado, y él seguía vivo, entonces era lógico que su persona también lo hiciera.

»Por otro lado, y creo que es lo más importante, mi personaje representa la lucha, la fuerza de la revolución, representa a esas personas que no están dispuestas a agachar la cabeza, ni siquiera para seguir vivas. Víctor sabía que no hubo victoria ese día. El único motivo por el que yo podría seguir vivo era si negociaba la lucha para salvar mi vida, y él sabía que yo no lo haría. Es como en el cuadro de Delacroix, la Libertad camina, y pasa por encima a quien se le interponga, pero no se frena. En su libro, él me utiliza como ese personaje, no es casual la elección de vestuario que hace, ni la pasión que me impregnó en cada página... Él quería que yo fuese la revolución, la lucha y la libertad.

»Pero una revolución no negocia su lucha por su vida. Y él sabía que yo no iba a hacerlo. Y, de hecho, logró lo que buscaba. Incluso cuando transcurrieron tantos años, Marius sigue siendo el

Consigna: Escribir una  
entrevista a un  
personaje real o ficticio



Taller: Escritura  
Creativa (2016)

pequeñoburgués que salvó su vida, y yo sigo siendo la muestra de la revolución y de los ideales.

»La idea, el concepto de revolución, no muere porque alguien lo haga. El único momento en que va a morir es cuando no quede nadie que luche por un mundo mejor. Mientras haya personas dispuestas a luchar, va a haber revolución. Y mientras haya revolución, yo voy a seguir vivo. En cada lucha, en cada sueño, en cada canto, en cada levantamiento... En cada revolución, va a haber algo mío.

Magalí Knopoff

Pequeño diminutivo, precisamente argentino

Llamado de diferentes formas por otros países vecinos

Reconocido y desconocido por seres de otro estadio ajeno

Incipiente fuente de socialización y de charlas de vespertinas

O de mañanas para el arranque de los días

De forma circular su cuerpo alberga hierbas, yerbas de historias prehispánicas

de devoción a dioses en tierras latinoamericanas

de yuyos sacados de árboles y secados

Se lo toma con jugo, con agua caliente o fría, hasta algún o alguna atrevida se anima a la leche tibia

Si el cebador tiene manías de experiencias presumidas, lo golpea un poquito para que la yerba se establezca y su bombilla alargada puede ser succionada por personas tanto extrañas de sentires como amores indescriptibles

Consigna: Describir un  
objeto



Taller: Lectura y  
Escritura (2016)

Desqui Umpa (Carolina Elizabeth Marder)

Cuando la luna finaliza su trabajo y es el sol quien tímido aparece, Betty se levanta y comienza felizmente su rutina. Sigilosas pero firmes van sus piernas con apuro a su sitio predilecto. Con sus fuertes manos, baja la cuerda que la espera en el lado derecho de su pared llena de años, y los pliegues de su vieja persiana le permiten ver el sol; la regla es que no llegue hasta el tope del marco superior, sino que se quede a mitad de camino. El vidrio, con alguna que otra vieja calcomanía, se abre al nuevo día en todo su esplendor. A la enorme porción de tela blanca, la divide estratégicamente en dos fuelles a los lados de la vista. Ella sabe que las pequeñas y oxidadas rejas no entorpecerán su tarea.

La percepción y sus sentidos toman fuerza con un amargo mate en compañía de su perro. Poquito a poco aparecen los primeros ruidos, las pisadas de hojas secas, las primeras estacionadas de auto de la cuadra. Cabezas llenas de problemas se dirigen a sus agotadoras y abominables computadoras de oficina, niños con enormes mochilas en sus hombros van a conocer futuros grandes amigos, muchachos con carpetas debajo de sus brazos buscan ser alguien para alguien, ancianas de cortos pasos y espaldas encorvadas se encaminan hacia alguna góndola de un cercano almacén.

Betty calienta la pava y cambia la yerba.

El perro da un sutil ladrido y esa es la excusa perfecta para abrir la puerta. Tapa la mirilla, empuja el cerrojo, saca del portallaves un enorme ramillete de piezas bronceadas, y gira una en el agujerito correspondiente. Comienza el hermoso ritual diario. Esboza saludos cordiales para los más serios, agitadas de manos para los más simpáticos, emite palabras sueltas y preguntas que nunca obtienen respuesta. Incontables son las frases que acompañan el tramo de cada transeúnte apurado que pasa por la casa de mitad de cuadra, estresado por la difícil tarea de vivir por inercia. ¿Y Betty? Betty no está apurada; si quisiera (y si la dejaran) hablaría con cada ser que pise las baldosas flojas de esa cuadra. Para ella todo es diversión, travesura, opinión ingenua, solidaridad, compañerismo, diálogo. Su voz, sus orejas y sus ojos se convierten en sus armas más valiosas. Es filosa con sus opiniones, y cuando habla con alguien que cede por un rato su oreja y curiosidad, mira de reojo a su alrededor: no puede perder de vista lo que sucede tras sus hombros. Cualquier dato es bienvenido, y sometido a una posible tergiversación, omisión o desliz de sentido: así es más jugoso.

Consigna: Describir un  
personaje



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Cada día es una nueva oportunidad para Betty. Su pulsión de saber florece esplendorosamente cuando percibe que los de al lado no sacaron el auto de su garaje, que los de enfrente se saludaron tíbicamente sin besarse, que los hijos de los del diagonal últimamente se visten distinto, o que los de la esquina pasean poco a su pobre perro. Es el momento de la incubación de numerosas teorías: estallan las significaciones.

Paradójicamente, nadie sabe mucho de su vida. Sospecho que Betty es feliz, ya que habita muchas realidades que las hace propias con naturalidad, pero poco la suya. Sabe mucho de cada vecino pero, certeramente, poco los conoce. Al fin y al cabo, puertas para adentro todos son otros... Y Betty también.

Candela Mezzano

# *Instrucciones para ponerse el pantalón*

Hay quienes los llaman en modo singular, hay quienes los llaman en modo plural, haciendo alusión a que son un par idéntico a nuestras piernas... la mayoría de las veces. Los pantalones son una prenda de vestir diseñada para atrasar los minutos al vestirse, para sufrir frente al espejo, para sonrojarnos en las tiendas de ropa al pedir talles más grandes. Para estas últimas dos situaciones, pocos tienen la solución, pero para aligerar el tiempo y llegar a la perfección del último botón muchos tienen la receta.

Parado frente al pantalón, con ropa interior puesta o no (no hay que adentrarse en asuntos tan pavorosos), uno se aventura a la tarea de lograr que esa prenda, con una cintura de la que cuelgan dos tubos de tela, quede en nuestro cuerpo. Lo agarramos por la cintura desde los flancos, lo bajamos en dirección al piso al momento en que levantamos una pierna, cual equilibrista de circo, con el objetivo de que ese mismo pie enceste en la primera abertura del pantalón y con ese fin deslizarlo por el tubo correspondiente. En caso de que uno quedara con la pierna derecha del lado izquierdo del pantalón hay que comenzar de nuevo.

Una vez logrado esto, procedemos a mantener el pantalón a la altura de las rodillas con una sola mano y emprendemos la tarea de colocar la pierna que nos quedó desnuda en el tubo restante, mientras que con la mano libre nos sostenemos de una pared o un armario o simplemente hacemos equilibrio en el aire. Tras un intento —o varios, dado que el emboque es inversamente proporcional a nuestro estado de sueño—, levantamos el pantalón por su cintura, hasta que arribe a la nuestra. Si se llega hasta este punto, uno tiene la libertad de esbozar una sonrisa, pero sólo un poco.

Los pantalones suelen tener, en la parte delantera, unos botones de ajuste o bien una cremallera o cierre. Si el pantalón es abotonado, debemos agarrar el botón de un extremo y colocarlo en el ojal del lado contrario, con la precaución de que sea el complementario, pues no se considera válido que el primer botón enganche, por ejemplo, con el segundo ojal. Si el pantalón tuviese cierre, la tarea es apenas más fácil: viene un botón en el extremo superior, que lo uniremos al único ojal presente, y procederemos entonces a levantar el cierre, con

Consigna: Escribir  
instrucciones para una  
tarea cotidiana



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

sumo cuidado de no enganchar nuestra ropa interior ni ninguna parte de nuestra humanidad. En caso de que el cierre no funcionara, abandone la tarea y consiga otro pantalón: en los códigos indumentarios de la calle no está bien visto caminar con los pantalones abiertos.

Si hasta acá tenemos ambas piernas en ambos tubos, la cintura del pantalón alrededor de la nuestra, los botones prendidos, el cierre levantado, nuestra sonrisa estará completa porque lo hemos logrado, pero es posible que aun así, inevitablemente, alguien nos diga de frente, o por detrás: «¡Esa persona no tiene los pantalones bien puestos!».

Romina Belén Negri Montes



# Presentación

Mi nombre es Florencia, mi nombre de guerra es «Maggie». Tengo veinte noviembres encima, pero a veces pienso que tengo muchísimos más.

Vivo en Abasto, un pueblucho olvidado a la salida de la ciudad: «Cerca de Brandsen» suelo decir, porque comprendo que formamos parte de los nadies de La Plata.

En mi casa dicen que estudio Abogacía: una carrera de animales carroñeros, egoístas e individualistas. Coincido totalmente con ellos.

A mis compatriotas les digo siempre lo mismo: abogacía y literatura no son tan diferentes. Ambas sirven para despegarse de la realidad aunque la primera es para aislarse de una forma nefasta y la segunda para imaginar una realidad ideal.

A mí me definen mis ideas, por eso el sabor de los libros y de la identidad propia me los hizo probar Rodolfo Walsh a los trece años.

Tengo un amor inconmensurable por lo popular, y soy más nacionalista que el mismo lorio. Fin.

P. D.: Púdrete, Flanders.

Florencia Ojeda

Consigna: Escribir un  
texto a modo de  
presentación



Taller: Escritura  
Creativa (2015)

# Quando me conocí

Te vi en el reflejo una mañana, tenías pinta de ser tímida y hasta retraída y me hiciste recordar a alguien. Charlamos y al principio fuiste muy formal, después entramos en confianza y te sentí más suelta. Y pensar que te gusta la arquitectura igual que mí, la música igual que a mí, la literatura y las artes, ¡qué cantidad de coincidencias encontré en tu diálogo!

Por ejemplo, que éramos las dos distraídas y que nos colgábamos pensando en otras cosas, en cualquier momento. Tu indecisión sobre ciertas cosas y tu miedo a fallar en otras me hicieron pensar en mí y en las cosas inconclusas que tengo en la cabeza. ¿Casarse? ¿Seguir una moda? ¿Preocuparnos del qué dirán? ¿Para qué queremos eso? No queremos seguir ningún mandato social, ni ser parte del pensamiento colectivo. Por lo menos todavía no, hoy podemos decir que estamos de acuerdo en que buscamos ser libres, nada más, y que no nos juzguen ni nos miren mal por eso.

Te propuse salir un día a bailar, a tomar algo, o sólo a pasear, a tomar mate en el balcón, o irnos al campo a pescar. Abandonemos nuestras soledades, creo que andar con vos me va a hacer bien.

Es que te parecés mucho a mí, como un calco de mí, casi distinta a mí. Te miro en el reflejo y te reconozco, y siendo tan iguales, no entiendo por qué no nos podríamos llevar bien.

Así que te saqué de ese espejo y nos fuimos, y me acuerdo que te dije: «Vamos, María José, por ahí encontramos un amor, o nuevas amistades, o alguna cosa interesante para mirar o escuchar. Vamos a despistarnos por ahí. Yo te invito».

María José Pereira

Consigna: Escribir un  
texto breve a modo de  
autobiografía



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Hoy vi un pez saltar en el lago.

Hacía frío, y yo lo esperaba venir.

Sentí un calor raro, tal vez serían los pedazos de sol que se filtraban por el cielo nublado, o tal vez las ganas de estar ahí, presente y expectante.

El viento formaba rizos en el agua plana y llegaba hasta mí, mordiéndome la piel y susurrando.

El pez saltó, y el agua uniforme y homogénea se convirtió en gotas que se mezclaron con el cielo. Fueron segundos donde no existió el tiempo, donde el pez quedó estático en el aire, inmóvil y eterno.

Pensé que este sería un lindo día para pescar. Sin un riel, ni una línea. Tampoco carnada, pero pescar.

Había visto al pez saltar.

Vi su piel brillante.

Vi la magia envolvente, y me llenó de calma.

Qué lindo día para pescar.

Consigna: Escribir un  
texto basado en una  
anécdota



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

María José Pereira

Aplaudan. Aplaudan... aplaudan más fuerte. ¡Que aplaudan! ¡Esto es importante! ¡Aplaudan!... Oh, esperen... ustedes son adultos, pedirles que aplaudan sería tan útil como pedirle a un caballo que ladre. Es un caso perdido, qué triste... Supongo que tendré que dar las malas noticias, realmente creí que esta vez habría una oportunidad.

Pero miren también donde vengo a caer, a un lugar lleno de adultos que no podrían ver un hada aunque la tuviesen frente a sí, que quizá, y sólo con mucha suerte, escuchen un insignificante y molesto tintineo; seres que entenderían tan poco de cómo nadan las sirenas o cazan las pieles rojas como yo de eso que ellos llaman «economía» o «política». Que ya se olvidaron de cuál fue esa primera injusticia, la que los hizo cambiar (y que seguramente sufrieron por un adulto), pero que igualmente los convirtió en lo que son hoy. Que se detienen a analizar el sentido de las palabras y las palabras sin sentido, pero jamás se les ocurriría preguntarse por qué los niños pueden volar.

Ah, sí, los niños vuelan... todos. Y ustedes, los adultos, los obligan a bajar y a «tener los pies en la tierra», los hacen olvidarse de cómo hacerlo (al punto que luego ni ellos mismos lo creen).

Y es aquí donde me pregunto: ¿qué mal puede hacer la magia de un niño al mundo? ¿Qué mal hay en creer en hadas, en sirenas o en piratas? ¿En islas donde el tiempo no se mueve, en barcos voladores, en dragones que escupen fuego blanco? ¿Por qué los niños no pueden creer en lo que ellos han inventado, pero sí en lo que los adultos quieren que crean?

Esperen. Quiero dejarles algo en claro: ¡dejen a los niños volar! ¡déjenlos creer! ¡déjenlos inventar! No les cierren las cabezas y luego pretendan volver a abrirlas, porque será mil veces más difícil que ellos vuelvan a creer en algo que alguna vez les hicieron olvidar.

Y si hay alguien ahí, algún adulto que escucha esto y en realidad se siente como un niño disfrazado con zapatos tan grandes que es incapaz de volver a volar... por favor, inténtelo otra vez, porque si pueden escucharme todavía pueden volar. Y crean. Siempre. Hay algo más afuera, yo lo sé, lo he visto. Sí, ahí, en Nunca Jamás. Estoy segura de que han estado ahí también.

Y, por favor, la próxima vez que me vea, aplauda. Por favor, aplauda. Aplauda y crea. Porque yo no quiero desaparecer.

Consigna: Responder a la pregunta de Michael  
Ende: ¿Qué hacen los personajes de un libro cuando nadie lee el libro?



Taller: Escritura Creativa (2016)

# *Apología de la anosmia*

Según el noventa por ciento de esos genios sin doctorado ni título alguno, yo no soy apta para esta tarea. ¿Por qué? Porque no «tengo» sentido del gusto. En realidad, sufro de anosmia, que es la ausencia del sentido del olfato, pero según estos genios avalados por cientos de universidades en ciudades de Estados Unidos cuyo nombre no deben conocer, el gusto es ochenta por ciento olfato. Así que a falta de un sentido, estos genios me han robado dos, y por eso no tengo un paladar digno de recordar o reconocer sabores.

Lo admito. Quizá yo no tenga esos románticos recuerdos del olor a asado que hacía mi abuelo, o de la salsa para los raviolos que preparaba mi abuela o el queso en las pizzas de mi tía. Pero como amo la comida (sí, sorpresa, incluso con mis sentidos robados disfruto mucho de ella), tengo otros recuerdos.

Quizá hablar de infancia me sabe a cercano, siempre me gusta pensar que de alguna forma sigo siendo una niña. Los recuerdos son recuerdos desde el momento que los guardamos como tales, sean de una vida que creemos lejana o de hace apenas unas horas.

De mis recuerdos más entrañables con la comida están las papas fritas. Algo tan simple como papa cortada y pasada por aceite. Porque me recuerdan a mi abuelo, a esa comida que siempre tenía tiempo para prepararme incluso cuando volvía tarde de la obra.

Ni los más elaborados platos de cinco estrellas Michelin ocuparán el lugar en mi memoria del primer café que disfruté en la ciudad más ruidosa y mítica del mundo. El de esos té con tortas que nos consentíamos con mi mamá cuando salíamos a comprar ropa. Ninguna *decalicatessen* con aroma exótico va a quitarme la diversión de improvisar pochoclos acaramelados con mis amigos, mientras veíamos Netflix a los tres de la madrugada. Quizá nunca haya sentido el olor de un whisky de calidad, pero esos tragos a escondidas en la casa de mi mejor amiga fueron toda una aventura.

Ni el más exquisito olor a torta va a quitarme la satisfacción del mejor postre borracho que probé en mi vida, habiendo gastado menos de veinte pesos, preparado con vino de caja, mientras estaba tirada al lado de la piletta con tres amigas, hablando de novios imaginarios y de la dieta que queríamos hacer.

Nunca existirá mejor ley a la comida que la restricción para las parejas de comer helado en público. Ley impuesta con dos amigos de la facultad, mientras cada uno comíamos un cuarto y determinábamos

Consigna: Escribir sobre  
los sabores de la  
infancia



Taller: Escritura  
Creativa (2016)

que las personas podían tener o amor o comida. No las dos, no en público.

Y ni hablemos de esos supuestos desayunos continentales. El mejor desayuno de mi vida fue con *waffles*, a las corridas, mientras tratábamos de convencer a nuestro mejor amigo para ir a la Feria del Libro (y lo conseguimos).

El asado de mi tío, el vitel toné de mi tía... Yo los conozco, no necesito ni de un gusto o un olfato óptimos para reconocerlos. Porque lo importante no es el asado o el vitel.

La comida no hace a un recuerdo «entrañable». Son las personas, los lugares, las sensaciones la que hacen a la comida memorable.

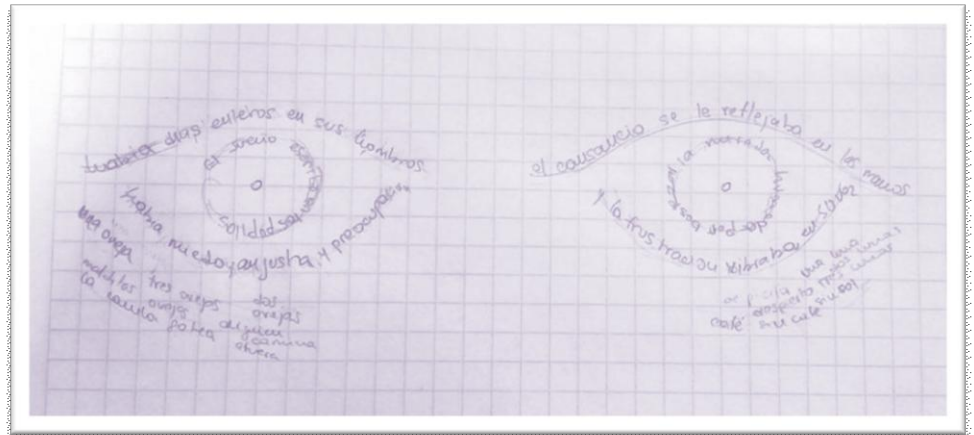
Andy Pujol

# Caligrama (Insomnio)

Consigna: Realizar un caligrama a partir de la palabra dada



Taller: Escritura Creativa (2016)



Andy Pujol

$$4n - (n-1)$$

Querida Romina:

Te escribo con motivo de hacerte saber lo preocupada que me tenés. A veces pienso que es sólo una etapa, pero cuando tu costumbre se vuelve repetitiva, me doy cuenta de que no es así. La forma en que se ha adherido a tu persona, lo acuciante que se ha vuelto en todos tus momentos de ocio, por más mínimos que sean, me alarma sobremanera. Te recuerdo que habíamos acordado, aún adolescentes, que no lo haríamos más a partir del momento de la jura. Que el contar las líneas de las baldosas nos desgastaba profundamente.

Ambas sabemos que una baldosa tiene cuatro líneas delimitantes, y que dos baldosas, una al lado de la otra, suman siete líneas, puesto que comparten una. Pero no quiero contribuir a tu patología. Sé que los colores son llamativos, sé que las formas te incitan, pero debés resistir, ser fuerte. Yo, desde mi espacio, te envío toda la energía posible para que no recaigas, porque las baldosas son uniformes en cuanto a sus líneas, son armónicas, y en muchas oportunidades he querido sucumbir a la tentación de contar sus cuatro líneas y unir las a otras dos, lo cual daría un total de doce líneas. Y lo que más me maravilla es imaginar que les trazo una línea en diagonal dividiéndolas en dos triángulos isósceles. Deberías de intentarlo. Es maravillosa la perfección de esas líneas producidas por el intelecto creador de uno. Y de hecho son las más placenteras. Las mejores son las baldosas de veinte por veinte, porque desde el inicio las líneas son perfectamente iguales.

En cuanto a las baldosas que son rectangulares, también se puede hacer algo por hacerlas concordar en sus líneas fronterizas. Si las elegidas son de veinte por treinta, se toman como base dos, una pegada a la otra, y de ahí se suman tres hileras más hacia la dirección que se desee. La figura resultante no es armónica, pero qué importa. Nada es perfecto en este mundo. Lo importante es que la mente continúe contando, siempre contando.

De todas formas, el verdadero motivo de esta misiva no era hostigarte con la lineal preocupación que he acumulado en este último tiempo, sino hacerte saber que he descubierto una nueva forma de contar líneas. He aquí mi nuevo método: en cuanto uno escucha una palabra interesante, la reconvierte en una palabra digitalizada, de esas con la misma forma de las que aparecen en los



letreros electrónicos iluminados o, para hacerlo más visual, igual a los números de una calculadora. Te brindo un ejemplo:

#### CARDUMEN

Dicha palabra tiene treinta líneas. La C está compuesta por tres líneas, la A por cuatro y la R por cinco, lo que ya suman doce. Luego viene la D formada por cuatro líneas y la U por tres, la siguiente es la M formada por cuatro al igual que la E. Y para finalizar la N tiene tres líneas lo que da como resultado el número al principio mencionado.

Espero que lo pongas en práctica, y te resulte tan satisfactorio como me resulta a mí, aquí en el pasado. Y te pido enfurecidamente, que si ya has perfeccionado tu método de contar las líneas de los muebles, me lo hagas saber.

Te quiere, Rominita.

Romina Rambosio

Consigna: Escribir una  
carta



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

# Sabores de la infancia

Nada de lo que hagamos estará desligado de lo que alguna vez vivimos, y creo que no soy la excepción. Por supuesto que hay cosas que olvidamos, la memoria es bien selectiva y hace que lo significativo persista en algún lugar de nuestra memoria. A veces aflorece, cuando se lo requiere. Por hache o por be, no importa la causa, viene sin mediar en cuál o qué sentido tiene que ubicarse; a la memoria le importa un bledo. También el recuerdo tiene un condimento que nos hace sentir como seres fantásticos, otras veces como lo peor. Y a veces uno, sin darse cuenta (o sí), maneja el recuerdo como quiere, lo reinterpreta, lo resignifica. Hace que algunas cosas sanen y otras queden pululando por algún lugar del espacio cerebral. El recuerdo es capaz de mutar: eso nos hace magos. Pero me veo en la desdicha de decirles que hay algo que no puedo convertir. Y es el asco, el tremendo y miedoso asco que le tengo al chocolate. Así es, odio el regalo de los dioses mexicas, que trasciende las culturas, pero que no lo entiendo.

Paso a contar un poco mi experiencia con el chocolate.

Creo que tenía seis años y era un viaje familiar, de esos que algunas familias hacen y caen en la obligación de traer de regreso recuerdos como dulces regionales o el bendito chocolate. En uno de esos viajes tuve que pasar por la obligación social del dar y recibir, por el llamado don según las etnologías de mitad de siglo XX. Sí, por ese que hace que entremos en una lógica de mercado sin que nos demos cuenta. «Marita me trajo de Mar del Plata un recuerdo que dice *Mar del Plata*, ¿cómo no le voy traer algo?» y ahí va, Marita supuestamente es una desinteresada, pero sé bien que no.

Y ahí voy yo, con mis seis años, de la mano de mi mamá a un comercio donde se venden chocolates, esos para quedar bien con Marita. Por Dios, entramos, y lo que fue entrar a una chocolatería fue entrar en un infierno. Por un lado, el olor a chocolate que me provocaba náuseas, y por otro, la insistencia de mi madre en hablar, su elocuencia para hacerlo con cualquier persona, así como la de la chocolatera, creo que competían entre ellas. Mientras, a esa edad, cualquier niño recorrería deleitado los estantes, mirando las diferentes formas de chocolate (en rama, bombones, barras, tabletas) y mataría intuitivamente el tiempo. Otros, quizá más audaces pedirían chocolates, como capricho o como estrategia para salir de ese lugar, y cualquier madre después de comprarle uno, dos o tres, se lo llevaría de allí y todo pasaría desapercibido. A mí, lo único que me quedó por hacer es grabar el recuerdo. Creo que de todo esto hay una cosa

Consigna: Escribir sobre  
los sabores de la  
infancia



Taller: Escritura  
Creativa (2016)

segura: no te fíes nunca de que en una chocolatería puede estar todo bien, y no confíes tampoco en una madre charlatana. Si no odiás el chocolate, lo odiarás (así como un onceavo mandamiento), y si ya lo odiás, lo odiarás diez veces más.

Francisco Riegler

# *Ginkgo biloba*

Hace unos días iba caminando para mi facultad como todos los días hábiles: crucé calle 1, bordeé el Zoológico (con todas las molestias que eso le genera a cuatro de mis sentidos, además del común) y llegué al camino sinuoso del Museo. Mi primer recuerdo de ese paseo es de muy chica, cuando recién se habían pintado las huellas de tigre diente de sable que guían hasta las escalinatas del edificio, custodiado por dos de estas bestias de piedra. Santiago, otro futuro astrónomo, estaba parado en el medio del camino sacando una foto al paisaje. ¿Qué paisaje? Bueno, a ambos lados del asfalto, en fila india, hay alrededor de veinte ginkgo bilobas. No se confundan, no son guardianes con nombre europeo, ni obras de arte estrafalarias, de esas en las que la municipalidad suele gastar dinerales para atraer turistas. Santiago fue la primera persona que conozco en pronunciar estas palabras: «Ginkgo biloba, GIN-K-GO. Creo que es asiático. Una maestra de mi colegio los ama, todos los solsticios nos llevaba de excursión a un invernadero que sólo cría estos árboles».

El nombre estaba fuera de mi vocabulario, pero los conocía desde que empecé a acercarme a las charlas de los viernes del Observatorio. El predio tiene al menos cinco, uno en la puerta de cada aula o sala importante. Es de esos árboles que uno no olvida, y no lo digo en el buen sentido. Es muy lindo, da unas flores rosas pequeñitas y sus hojas son delicadas, de un color verde pastel. Cuando llega el otoño se van poniendo amarillas de abajo hacia arriba y planean marmoladas hasta el suelo. Estas hojas, cuando caen, no son de secarse mucho y cuando las pisás no crujen: primer punto malo. Al cabo de tres días, realizan una especie de proceso de descomposición, y si no las juntás, el olor a orina es insoportable. Lo mismo pasa con las flores en primavera, pero la peor parte es en verano, cuando da frutos. Al lado de ellos el olor de las hojas podridas puede pasar por Channel N° 5. Estos frutitos del demonio forman una verdadera alfombra de podredumbre desagradable, inhabilitando el paso por la mitad de los caminos de la facultad, manchando el piso, los zapatos y pantalones de quienes se atreven a pasar.

Fuera del rencor que le tengo a los ginkgos, no puedo negar que al costado de un camino son muy pintorescos. Sin embargo, cuando sorprendí a mi compañero inmortalizando la vista, era un día lluvioso, de los últimos del otoño: ni una flor quedaba viva, todos los árboles estaban pelados y las pocas hojas en el suelo yacían mojadas y embarradas. Nunca antes el camino me había parecido más deprimente, no podía entender qué veía él en ese paisaje paupérrimo

Consigna: Escribir una  
aguafuerte a la manera  
de Roberto Arlt



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

que valiera la pena fotografiar. Se lo iba a preguntar, pero recordé que odio que me pregunten por qué no me gusta el helado.

Tatiana Rodríguez

Querida Eugenia:

Vieja amiga (porque somos amigos, ¿verdad?), una vez más me encuentro escribiéndole. Y disculpe que la trate de vieja, y de usted, es que ya no sé si puedo llamarla *hermosa* o *che*. Quisiera, pero a mis tuteadas sólo ha respondido el silencio, ese que seguramente usted haya estado anhelando desde hace tiempo.

Querida amiga, y espero que usted me considere tal, ya no se escuchan ruidos y por eso una vez más pongo la mejilla, bienveniendo lo que llegue primero: el saludo o la bofetada. Aún recuerdo aquella tarde que me llenó los ojos con su primavera, paseando por la avenida sin advertir el catastrófico efecto de su vestido sobre este soñador. Ese día empezó nuestra amistad, siendo usted ya señora de Mengano, y por eso la amistad.

Ya no se escucha nada. No apabullan ya la paz las sirenas. Y usted sabe, eterna amiga, que no estoy hablando de las enemigas de Ulises, las súbditas de Poseidón. El canto de las sirenas a las que me refiero no encantan pescadores ni marineros, éstas le ponen la piel de gallina a las madres y hacen llorar a los niños, casi tanto como las explosiones que las suceden.

Quizás todas mis cartas le lleguen a la vez, junto con la calma. O ninguna le llegue. O una a una hayan alimentado un fuego abrasador. De ser así, que ese fuego arda en su corazón y no en una chimenea, por favor. Sólo deseo que de estas palabras no sean los únicos testigos este lápiz, este papel y este estúpido.

Espero y esperaré siempre una respuesta suya, querida Eugenia, incluso cuando ya no pueda leerla.

Un viejo amigo.

Tatiana Rodríguez

Consigna: Escribir una carta



Taller: Lectura y Escritura (2014)

# Año Nuevo

Todos los años esperando el día más emblemático de la ciudad de La Plata: el 31 de diciembre.

El día en el que paseamos por la ciudad y vemos todos los preparativos para múltiples celebraciones; shows que nos deleitan en cada barrio, esquina, rambla, avenida o diagonal, y que representan el esfuerzo del trabajo en equipo de vecinos, amigos y familiares, cuyo objetivo es terminar a tiempo los muñecos para incendiarlos.

En las primeras horas del Año Nuevo se analiza el año viejo, recordando las anécdotas más relevantes, los objetivos establecidos, las metas realizadas, los fracasos y las alegrías tanto en el amor como en lo laboral. Paralelamente, estas son unas de las horas más valoradas de esta ciudad, ya que no sólo se festeja la llegada de un nuevo año, sino también el compartir un momento único junto a la comunidad.

Ya es la hora, son las doce, brindamos con toda la familia y nos preparamos para salir a ver el muñeco del barrio, una increíble obra de arte como todos los años; iluminada, en una noche ideal, se ve al final de la cuadra. La gente se amontona para ver el momento majestuoso de la noche, toman una distancia prudente para evitar el calor intenso de la quema, familias enteras con grandes expectativas por ver el show de luces, fuego, ruidos y estruendos; este es sin duda el evento más arraigado del barrio, donde todas las personas se identifican y comparten el comienzo de un año nuevo.

Consigna: Escribir un artículo de costumbres



Taller: Lectura y Escritura (2016)

Esteban Rodríguez Kirs

Faltan dos horas, ciento veinte minutos, siete mil doscientos segundos, según a usted le plazca sentirse mucho o acomodarse en lo ínfimo. ¿Es usted un benefactor y arquitecto del destino o un arreglo pasajero e intrascendente de materia que antes fue polvo, nubes, ceniza? Aquí no se segrega a nadie (excepto en lo imprescindible) y resulta ejemplar mencionar que el agua del río puede cambiar su tonalidad al índigo, carmesí o azur, abandonando el verde indiferente, con reminiscencias de absenta que acostumbraba años atrás. Sólo basta con acercarse a las barandas que nos separan del oleaje espeso y añorante para congeniar en comunión mental con el resto de los melancólicos, suicidas y transeúntes que buscan en el agua lo que no encuentran en las palabras. Sepan entender, comprender, empatizar, que muchos viajeros y errantes varios transitan estos extensos salones grises e impolutos, y muchos detalles deben ultimarse para que la mayoría pueda llegar a su destino sin pormenores e imprevistos; es por ello que requerimos su presencia, su espera, una fracción de sus treinta mil días de vida terrenal, por la módica cantidad de dos horas por vuelo. Si se encuentran en la carencia de compañía, los celadores se verán ávidos de contarles historias que puedan hacerlo sentir mejor, ya sea por vergüenza o vanidad.

En mi primer viaje, uno de ellos me recitó un pasaje de Beckett particularmente atractivo para las que eran mis inquietudes por entonces, lo que me resultó grato y claro de anecdótico. Llegado al destino, mientras aguardaba el equipaje reflexioné entre balbuceos que era absurdo en estos tiempos encontrarse a la merced de un objeto tan rudimentario como un transportador de banda (en esencia, tambores y una cinta), a lo que un agente de carga al pasar me ilustró citando «lo absurdo es la confrontación entre el sentimiento irracional y el avasallador anhelo de claridad que resuena en las profundidades del hombre». Al principio me resultó alarmante la precisión con que conectaban con mi interés, cambiando los ojos por lunas, pero luego me convencí de que nadie es tan único (no se sienta ofendido, mi estimado aeronauta). Me disperso.

Independientemente de si usted quema su espera en la espalda de la lengua, hablando con los empleados, o perdido en las imágenes refractadas de las fuentes del primer piso, en el detector de metales a uno lo abrazan en despedida, le rodean el cuello con una chalina de *kashmir* para resguardarse de la frialdad de la pista y le sirven una copa de vino para que pueda relajarse, malbec para las damas y cabernet para los caballeros. «¿Cuál es el motivo de su viaje?», le



sonríen mientras guardan una tableta de chocolate en sus bolsillos. Con la guardia baja por la calidez de las maneras y la expectativa del embarque, las confidencias quedan en el olvido mientras persisten las atenciones.

Consigna: Escribir un  
texto basado en una  
anécdota



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

El avión empieza su carrera contra la presión; con los metros devorados en horizontal gana (o pierde) en vulnerabilidad, las luces se extinguen amortiguadas dentro de la cabina, cellos y violines empiezan a zumbir. Los cinturones se apresuran más y más contra el abdomen y para detener el incipiente pesar sólo se debe contestar mediante la botonera en el apoyabrazos si lo que acomete es la voz de Zaratustra o las valkyrias cargando. Es el galardón de saber cabalgar.

Fabrizio Saavedra

## Crónica de un invasor inocuo

Subo tres escalones (me siento atrevido al desentenderme del impulso necesario para el ascenso que me pone en posición de abordar) y me abraza el calor de cuerpos que ya no están en carne, pero sí en ánimos. Aun así, hay peores encierros que el de una señora de exagerado *rouge* y labial, grandes pendientes y perfume incendiario, los paños azules descoloreados por centenas de soles y la cuerina gris, como un elefante de mentira (una mentira muy triste), estropeada por uñas inquietas y trinchetas irrespetuosas. Vibraciones, golpeteos, piezas que no encastran ni a la mitad de lo que sería perfectamente, música atroz, un ritmo abortado del trance que niega el sueño e invita a encontrar reposo en pastizales lejanos, y luego monoblocks con dueños que no son los que figuran en los papeles.

Bajo en Marcelo T., con el confort de los que no entienden en absoluto lo que es tal cosa, al notar que he arribado en un tiempo record de cuarenta minutos, más/menos la incertidumbre de la memoria (mayor que la del cronómetro que uso). Crean que sopla el viento del río, catalizado por los valles de personas ausentes, valles generadores de terror y tranquilidad por igual, pues hay quienes se encuentran vulnerables, desprovistos de la ficticia seguridad que ofrece la mirada de ciervo de la muchedumbre. Hoy todos se ciernen al fuego pálido de un evento al mediodía. No hay ejecuciones públicas en este país, al menos no como las había en el viejo continente en tal vez no tan viejos tiempos donde el dueño de la *boucherie* podía llevar al pequeño Jean a ver lo implacable de la guillotina (no me extenderé pues ya muchos y de manera excelsa han incurrido en el tópico), o como las hay en Irak, China, Estados Unidos... bueno, muchos lugares de distinta valoración cultural. Ya no quedan reclamos infundados (los más detestables y, en consecuencia, sobre los que más gusta hablar la gente) por el jugador del pueblo o el esquema, aunque esto último es lo de menos, entienden algunos; como supo decir uno de esos portadores de (dudosa) sabiduría de cafetín: «lo que pasa es que cuando empieza el partido los jugadores se mueven».

Lo cierto es que algunos podrían tomarlo por paisaje, pero ahí estamos nosotros, ampollas tardías sin prisa por desaparecer arruinándolo para los pintores que viven de lo estático. Camino breve hasta la parada del 111 y breve es la espera hasta que llega la tromba color canario. Digo 2,80 y marca 2,85. Puedo elegir desde donde veré pasar la tropilla vacía aún furiosa de colectivos que levanta humo en vez de polvo y pasto, elijo la izquierda. Una pelirroja de mirada inquieta sube con la boca entreabierta en la que se distinguen dos

blancas y prominentes paletas frontales. No usa las barandas y en cada frenada va a parar con su pecho descubierto contra el hombro derecho del mismo señor de anteojos, digno y sorprendentemente sin lascivia alguna en su conducta. Y siempre dice *perdón*, y siempre gana voluptuosidad la sonrisa debajo de esos corta-ondas carmín que bañan sin simetría alguna su tez blanquecina. Siento sus ojos caramelos clavados en la espalda mientras hago inmersión en la parte más baja de Fitz Roy.

Entre parrillas, restaurantes naturistas y estudios de televisión encuentro el motivo de toda la agria observación que proponen cincuenta y siete kilómetros de Buenos Aires, la provincia hoy inactiva. Como cachorros temerosos y temblando, se arriman aromas antes ignorados y acentos del mismo idioma pero provenientes del Pacífico, confirmando esa voz maliciosa que dice que en Palermo ya no quedan mozos argentinos. También ven la luz filtrada por las nubes más corruptas y la contaminación nuestra de cada día, los arlequines terminado el espectáculo grotesco que resultó de esos ciento cinco minutos. Salvados, de nada, pues el lunes es volver a viajar como entre los resquicios de un filtro-prensa para trabajar en puestos que poco tienen que ver con lo que el niño prometía, festejan con las mejillas pintadas en franja, dan saltitos y se abrazan. Un cínico, de cuidada barba desprolija, en la parada tose (a propósito) lo que considera merecido que se pronuncie: nos cabe que nos llamen Arlequina.

El 152, que tantas veces ha prestado albergue a reflexiones que van desde La Boca a Olivos, esta vez las priva a todos los pasajeros cuando embiste con displicencia uno de esos autos modernos pequeños y plásticos. El daño es mínimo comparado al trajín de lograr ser alguien entre calles con nombres de inventores, caudillos, presidentes, militares y poetas. Todos abajo, algunos arriba en el tiempo que el chofer logra desembarazarse. El resto camina y en el resto estoy acostumbrado a acomodarme. No son muchas cuadras hasta Cerrito pero sí varias olas en el mar de cuerpos que se aparece en tempestad. Y suelto un impropio para los borregos, y otro para las parejas cuando plantan sus piernas torpes, blandas y fofas, sin aviso alguno, por la autopista que es la avenida Santa Fe, en particular esta vértebra correspondiente, a la que nos han acostumbrado a llamar «coqueto barrio de Recoleta», obligando a contorsiones espontáneas para no llevarse a nadie por delante.

Como un remanso se ofrece la Bond Street, galería de *freaks* (*freaks* con cariño, como dicen las madres cuando tratan de corregir una aseveración punzante) y *posers* (ubicados siempre frente al espejo cercano al acceso por Rodríguez Peña). Desde que me levante, energizado con dos tazas de café y unas pepas asombrosamente baratas, increíblemente sabrosas, no le doy algo a mi cuerpo de lo que pueda sentir gratitud. Mientras mastico un licuado de frutas, oigo a un francés marchito preguntar a un par de rubias típicas de la zona si

es verdad que les decimos sucios porque no se bañan todos los días. Abandonar el recinto es un ejercicio gimnástico si uno tiene la consideración de no pisar a una señora de tacos bajos de piel de lagarto, atropellar un carrito con un infante que todavía se puede salvar de la peste de la estigmatización, y no aplastar las películas que cubren como corrosión incipiente la vereda ya bastante maltratada. Hace un poco más de una década que el mundo sabe lo que es el P2P pero las películas en la vereda siguen ahí, y esto es, en mi consideración, insignificante y condicionada, el fracaso de todos.

Arriba del 129 quedan un par de ejercicios de percepción. En Obelisco Sur, un viejo de tez rosada, asustado como si le hubieran dicho que la vida no le alcanzó para aprobar y tiene que revivir, junto a su bastón de nogal claro, hunde incrédulo la vista en el piso de baldosas granuladas. En la estación de trenes de Constitución, con sus vidrios frontales (centrales) siempre rotos, apedreados, nadie festeja. Es la misma ciudad, pero acá no se ve una sola bandera (ni siquiera del polietileno menos ISO) y parece de lo más lógico. En el parque Lezama los viejos juegan al ajedrez y también a no estar solos. Trascender un poco, aunque sea unos meses después de fríos y grises, sería una proeza en una ciudad que, por momentos, olvida impiadosa.

Consigna: Redactar una crónica



Taller: Lectura y Escritura (2014)

Fabrizio Saavedra

# Gajos de su boca

Esas olas eran como la palabra quizás  
A la vista de casas de colores envidiosos  
Eran gracia cayendo en introspectiva picada  
Con murmullos de papel en combustión se abrigaban hasta la  
explanada  
Que suele oficiar de patíbulo y cementerio a la vez

Vestida de piel desnuda y péndulo del cabo  
Desnudo de juegos verbales y armado de sol  
Cuando los espíe desde el muelle  
Me despidió con lástima y sin pañuelos en el aire  
La borra de mis coartadas

Qué farsante el sobresalto  
Cuando esa ola ponzoñosa inoculó  
Silencio y suplicio a la bruma  
Al subir el telón de sal suspendida

Consigna: Reemplazar las  
palabras «mujer» y  
«nunca» de este verso de  
Juan Gelman («Esa mujer  
se parecía a la palabra  
nunca») y escribir un  
texto a partir de allí



Taller: Lectura y Escritura  
(2014)

¿Te gusto?  
Algo  
¿Y con algo qué hacemos?  
Nada

Y con esa nada secuestraba tiempo de los gajos de su boca

Fabrizio Saavedra

## Erfurt, Thüringen

Caminaba de vuelta hacia la estación de trenes como acostumbraba hacerlo todos los días. La noche era tan fría como las anteriores y la luz tenue de los faroles le impedía encontrar un cartel que le indicara el nombre de la calle por la que transitaba; esta vez había decidido tomar una ruta alternativa para conocer otra parte de la ciudad. Iba tranquila, contemplando las casas de dos pisos, cada una pintada de un color diferente y pensando en que aún faltaba un par de meses para que los jardines muertos por la escarcha y las bajas temperaturas volvieran a florecer. Quiso buscar su teléfono para mirar la hora pero no lo encontró, los guantes le dificultaban la tarea de revisar los bolsillos de su abrigo. De cualquier manera no estaba preocupada, había salido con el tiempo necesario para no tener que arriesgarse a perder el tren que la llevaba de vuelta a su WG. De noche el recorrido tenía una frecuencia muy baja y caminar por las calles cubiertas de nieve no era una alternativa que la entusiasmara demasiado.

La ciudad estaba desierta, sólo se escuchaba el río que corría un poco más adelante, lo que significaba que la estación estaba cerca. Un gato se cruzó en su camino y al seguirlo con la mirada descubrió un Trabant celeste estacionado en la vereda opuesta. Era la primera vez que veía uno de verdad (aquellos exhibidos en los museos no contaban, pues habían sido desprovistos de sus partes internas y no funcionaban). Se cambió de vereda corriendo para observarlo de cerca: el auto se encontraba en excelentes condiciones y hasta parecía recién salido de fábrica. No se sorprendió, pues sabía que quedaban pocos ejemplares y que los coleccionistas que los adquirirían usados se esmeraban para repararlos y conservarlos como nuevos. Otra vez buscó su celular, esta vez para poder tomar una foto del auto, pero no pudo encontrarlo en sus bolsillos ni dentro de su cartera. Suspiró casi enojada cuando se dio cuenta de que lo había olvidado junto a su libro de Chris Cleave. Se resignó a seguir caminando porque sabía que tendría que volver por ellos al día siguiente, y ya con su teléfono en la mano, podría fotografiar el pintoresco Trabi sobre la vereda. Encontró por fin un cartel que le indicaba la calle por la que caminaba y tuvo que leer dos veces para cerciorarse de que el nombre era *Leninstraße*. No recordaba que hubiera una calle con ese nombre, nunca lo había leído en ningún mapa. Pero sólo notó que las cosas estaban realmente fuera de lugar cuando llegó a la estación. El cartel luminoso que indicaba el nombre

de la plaza no estaba, y en su lugar había uno mucho más pequeño, de color azul, que rezaba *Bahnhofsvorplatz*.

Comenzó a temblar, no de frío sino de conmoción, cuando entendió lo que estaba pasando. El teléfono y el libro faltantes, el flamante Trabant celeste sobre la vereda, el nombre de la calle y finalmente el nombre de la plaza. Corrió hacia la casa más cercana y tomó uno de los diarios que se asomaban de los buzones para comprobar sus sospechas: el *National-Zeitung* con fecha del 30 de enero de 1970 cayó sobre la nieve fresca de la vereda.

Efectivamente, ahora vivía en la DDR.

Anabella Sauer

Consigna: Texto libre



Taller: Lectura y Escritura  
(2015)

# La congestión nasal

Encuentro particularmente difícil escribir sobre lo que más odio; lo que parecía ser una tarea simple se transformó en todo un dilema, un debate interno casi filosófico para mí.

Distintos pensamientos pasaron por mi mente, desde personas y cosas, hasta emociones y malestares; fue arduo y por momentos de un matiz desconcertante al tener que preguntarme ¿odio algo tanto con tal intensidad que pueda destacarse por sobre otros «odios»?

Y así, después de estar pensando y descartando cada cosa, lo encontré; me bastó mirar el escritorio en el que estaba realizando este escrito: ahí, sobre la mesa, había un paquete de pañuelitos descartables, pero, ojo, que eso no los confunda, no es eso lo que despierta una ira infernal en mí, sino que aquel paquetito se relaciona directamente con el tan buscado odio: ¡la congestión nasal!

Parece gracioso que algo tan cotidiano vaya a ocupar el podio principal de mi *top ten* de cosas que más odio, pero luego de un exhaustivo análisis así lo decidí, ya que ¿hay algo más molesto que tener una congestión nasal? Es insoportable y, para mí, desquiciante. Parece nunca acabar, no importa cuánto te suenes y suenes la nariz, cuántos téis con limón y miel te tomes, cuántas fábricas salves de la quiebra por comprarle tantos pañuelitos, la congestión sigue, sigue y seguirá. Nadie sabe cuándo para: un día te levantas y, como si nunca hubiera existido, ya no está, pero no hay que bajar la guardia, porque así como se va, así también vuelve para complicarte la existencia, o por lo menos el día.

Lo peor de todo, lo más detestable, es tener que estar en lugares públicos teniendo tu nariz llena de mocos (perdón si les da asco), pero es exactamente lo que todos piensan cuando leen «congestión nasal» ¿o no?, a mí no me vengán con otra cosa.

Regresando al hecho en sí, si se lo analiza no es algo tan molesto, pero sí lo es en constancia, dado que no es algo de un momento, sino que se prolonga por horas y hasta días. Y eso no es lo peor, cuando me refiero a congestión nasal incluyo todo, desde la irritación y el hablar «gangoso», hasta lo que considero lo peor de todo esto, la tan odiosa y famosa «agua» que te hace estar todo el jodido día con un pañuelo en la mano por si se le da la regalada gana de empezar a circular y asomarse por tu nariz produciendo que, así y como muchos otros días de invierno, tanto yo como muchos otros, seamos

Consigna: Enumerar las cosas que generen enojo u odio



Taller: Lectura y Escritura (2014)



partícipes necesarios de la salvación y mantención de la industria de los pañuelitos Tissue.

Matías Scheider

# Por qué escribo

Escribo porque traduzco, y traduzco porque el conocimiento no debería estar limitado por barreras de idiomas (además de que me da de comer). Me gusta la idea de sentirme útil, la idea de traductor como *traedor*, y no *traidor* (parafraseando a John Rutherford).

Escribo, además, ideas que quisiera poder llamar propias, aunque no hay nada nuevo bajo el sol. Creo en la innovación, de todos modos. Siempre es posible explicitar lo que se da por sentado y poder así ver las cosas desde una nueva perspectiva, como dijeron los formalistas, y el caballo de Tolstoy (pronunciado *tAlstÓi* en ruso).

Toni Morrison dijo que escribió *The Bluest Eye*, su primera novela, porque nunca había leído una obra así hasta ese entonces. Algún día inmortalizaré mi paso por este mundo y tal vez le dé a alguien exactamente lo que quería leer.

Consigna: Responder a la pregunta ¿por qué escribo?



Taller: Escritura Creativa (2016)

Axel Uhalde

# No me gusta

No me gusta el asado, ni el dulce de leche, ni el mate ni el fútbol. «¿Y sos argentino?» me preguntó una china una vez. Le hice leer el articulillo de Borges «El escritor argentino y la tradición» y vio que ni el *Don Segundo Sombra* es totalmente argentino.

No me gustan los estereotipos. No me gusta la gente que se refiere a los estadounidenses como *yanquis*, a los españoles como *gallegos*, a los italianos como *tanos*...

No me gusta la gente que porque se doctoró se cree que tiene el derecho a «ningunear» (término de Octavio Paz y no de Moria Casán) a otros. Venimos del polvo y vamos todos al mismo lugar.

No me gusta la gente que no se compromete, que va por donde sople el viento, que nunca se la juega por sus ideales ni por el bien de otros.

No me gusta la gente falsa que habla a espaldas de uno. No me gusta la gente que habla sin informarse. Creo que por algo tenemos dos oídos y una sola boca.

No me gusta esa gente que tira el papelito por la ventanilla. No me gusta la contaminación ambiental. Ni la visual. Y con eso me refiero a los cartelitos de los del centro de estudiantes que fijan en las paredes recién pintadas. Y encima ponen «horas» como hache erre ese punto.

No me gusta dormir en exceso. Tal vez sea masoquista, pero me gusta sentir dolor en el cuerpo. Si duele, es que está vivo. Ya tendré tiempo suficiente cuando muera para dormir. Por ahora, quiero sentirme útil. No me gusta la gente inútil, ineficiente e ineficaz.

No me gusta la impuntualidad, ni propia ni ajena. No me gusta que me hagan perder el tiempo.

Me molesta que no pongan las balizas.

No me gusta la mayonesa ni el olor a la salsa de soja ni la cerveza (ni la gente que la toma por obligación social) ni el fernet ni la cumbia.

No me gusta el sistema judicial del país. No me gustan los políticos. No me gusta generalizar, pero son todos chorros. No me gusta que tengan un salario (mucho) mayor al de un educador, un médico, un bombero, un traductor.

No me gusta la burocracia.

No me gusta la palabra 'evento', porque según el DRAE, significa tanto «hecho imprevisto, o que puede acaecer» como «suceso importante y programado».

No me gusta ver a otras personas —o animales— sufrir.

No me gusta decir que no cuando puedo decir que sí.

No me gusta que hasta hoy en día no hayamos descubierto la cura del cáncer. Mantengo la esperanza utópica de que en un futuro se va a poder tratar como si fuese un simple resfrío.

No me gustan las víboras ni los tiburones ni las cucarachas (¡y menos si vuelan!).

No me gusta la explotación laboral. No me gusta que prime el capital económico por sobre el simbólico.

No me gusta Jane Austen. Ni Taylor Swift, ni Adele ni Lily Allen. No me gusta el acento británico ni el *autotune*.

No me gustan las películas de terror («terror» no sólo como género, sino *de terror*) Ni tampoco las de Scorsese. Me inducen a ser asesinado por Freddy.

No me gustan los *minions* ni la mayoría de las cosas que a la mayoría parece encantarle.

No me gustan los cumpleaños, ni los días comerciales de los que el mercado saca provecho.

No me gustan los duendes ni el palo santo.

No me gusta gastar papel, sabiendo que derribaron bosques para ello. Aunque me reconforta pensar que es como vida después de la muerte.

Consigna: Escribir sobre  
las cosas que no te  
gustan



Taller: Escritura  
Creativa (2016)

Axel Uhalde

Mi vieja prepara los mejores postres de uva del mundo. Recuerdo llegar de la primaria a las cinco de la tarde para merendar frente a Ash Ketchum, como así también recuerdo la sensación de estar atrapado en la *pokebola* cada vez que el aroma del postre impregnaba la cocina y se extendía hacia el resto de la casa. Sus postres eran mi perdición. Y el de uva, mi kryptonita. Si estaba tratando de engordarme para que sufriera el mismo destino que Hansel y Gretel, iba por buen camino.

Por supuesto que no era un plato que hiciera con frecuencia, ya que, de lo contrario, me hubiese acostumbrado a ser agasajado siempre que así lo quisiera y lo hubiese dado por sentado, como di por sentado tantas cosas en mi vida.

El sentimiento no decreció de manera directamente proporcional a medida que pasaba el tiempo. Volvía a casa a mis veinticinco años luego de haber pasado la jornada entera en la facultad —de ocho a ocho, con sólo dos horas sánduche en el medio. Sí, sánduche era el único plato que sabían hacer los del buffet—y a veces allí me esperaba ella con la dosis de glucosa que necesitaba. Abría la puerta y empezaba a salivar como el perro de Pavlov.

Nunca supe cómo se cocinaba. Nunca supe cómo cocinar nada, de hecho. Y supongo que tendré que esperar a que nos volvamos a ver para preguntarle la receta. Aquí hay mucha gente querida a los que le vendría bien la «comida de madre» de mi madre.

Conservo el recuerdo de aquel día en el que venía cruzando el Bosque después de salir de un seminario. Habíamos discutido, por alguna razón tan relevante que no la recuerdo. Sí recuerdo que me había ido temprano durante la mañana sin dirigirle la palabra. Luego de doce horas encerrado intramuros en la cárcel que llamaba facultad, emprendía el camino al hogar, donde sabía que iba a haber postre de uva a manera de reconciliación. Estaba tan cansado y tan ansioso de estar calentito frente al hogar de mi hogar, que cuando un ruido como el de una explosión (lo oí a pesar de que tenía los auriculares al máximo volumen) me trajo de vuelta a la realidad y me vi de cara a las vetas negruzcas de brea que recorrían el suelo como serpientes.

El ruido había iluminado la semioscuridad del Bosque, por lo que me convencí de que se trataba de un trueno y que pronto comenzaría a llover. Como lo único que tenía en la mente era llegar sano y salvo a destino, me puse de pie y aceleré el paso, sin mirar atrás. Tuve la sensación de que alguien corría detrás de mí. Si se alejaba o se aproximaba, no lo sabía. Agarré bien fuerte el gas pimienta que

llevaba en el bolsillo y, cuando bordeé el Zoológico para ir directo por 116, me di la vuelta, pero allí no había nadie. Si efectivamente había habido alguien, lo dejé en 52 y 120. De una cosa estaba seguro: no iba a volver para averiguarlo.

Cuando llegué al diagonal 79, tuve que esperar a que pasara un auto tras otro, lo cual era extraño porque no solía haber mucho movimiento a esas horas. Pero no me molestó esperar porque, si bien me urgía estar ya junto a mi madre para contarle acerca de mi día y que ella me contara del suyo, un gatito con una M en la frente se me había acercado a hacerme compañía. El animal parecía haberme guiñado un ojo; fue el único ser que me había dado un gesto cariñoso en todo el día. Me había peleado con mi madre, la de la fotocopidora me había atendido con una mala onda... (¡como si fuese yo el responsable de todas sus frustraciones en la vida!), los profesores me habían inducido al sueño más profundo, tuve que soportar los comentarios de algunos compañeros que estaban por recibirse (de idiotas), y, la frutilla del postre, o mejor dicho, la uva, fue una mujer que venía corriendo (*¡la gente entrena a eso de las ocho de la noche!*) cerca del monumento a la que se le cayeron los auriculares cuando me pasó por adelante. Me agaché para alcanzárselos, pero no alcancé a hacer nada que los levantó y siguió camino como si nada. No pronunció ni un «gracias» ni un «perdón» por casi haberme chocado. ¿¡Dónde quedaron los modales!? Pensé que tal vez no tendría aliento como para hablar, o tal vez creyó que se los trataba de robar. Uno nunca sabe con esta inseguridad. Cuestión que me ignoró completamente, y el gatito había venido a demostrarme que no todo estaba perdido en este mundo. Pasó el último camión y seguí camino. Cuando me di vuelta, el felino ya no estaba. Habría trepado hacia algún otro lugar donde alguien necesitara de una mueca generosa para alegrarle el día, Supergato al rescate.

Cuando llegué finalmente a casa, vi el reloj del microondas que marcaba las nueve y media. Supuse que se había cortado la luz y mi madre trató de configurarlo como pudo. No serían más de ocho y media, porque tardo sólo veinte minutos a pie. Mis vecinos estaban en casa, solían venir seguido. Pero esta vuelta estaban en círculo alrededor de mi madre, que lloraba desconsoladamente. Traté de recordar qué había dicho antes de dar el portazo e irme. Sea lo que haya sido, no era para tanto, y se lo dije. Pero nadie me escuchó, nadie pudo hacerlo aunque hubiesen querido.

Consigna: Texto libre



Taller: Escritura Creativa  
(2016)

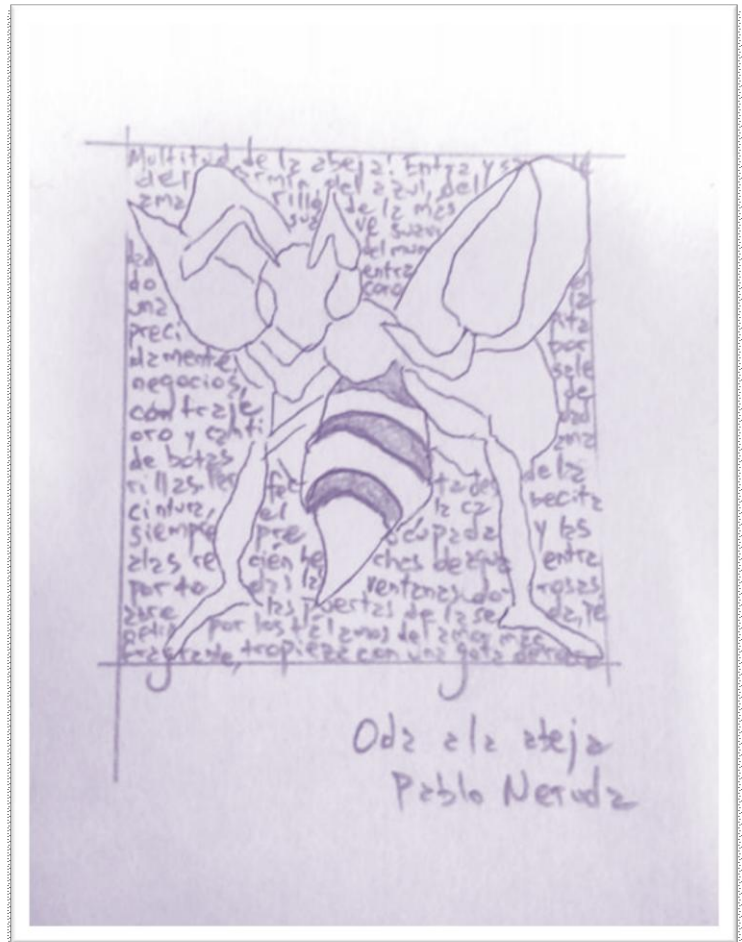
Axel Uhalde

# Caligrama (Abeja)

Consigna: Realizar un caligrama a partir de la palabra dada



Taller: Escritura Creativa (2016)



Axel Uhalde

# *Comprar una cosita en el almacén te puede llevar mucho tiempo...*

Si usted un día quiere ser almacenera, sepa que es todo un oficio. Al menos en el barrio donde yo vivo.

Allí es todo muy raro: sospecho que mi vecina de enfrente, que tiene un almacén, tiene montado, detrás de su persiana, un equipo de cámaras o micro-cámaras o esas cámaras expandibles con cuello largo. ¿Yo, paranoica? No.

Preste atención a lo que ocurre en mi barrio: usted quiere hacerse un rico café y se da cuenta de que no tiene. Entonces, se dice: «voy una corrida al almacén y vuelvo». Llega al almacén y este es el diálogo (todos los días es uno distinto, sirva este de muestra):

Almacenera: —¡Hola! ¿Cómo andas?

Yo: —Bien, bien; ando buscando café.

Almacenera: —¡Ah, con lo caldeado que anda el barrio! (¿?)

(O sea ¿qué tiene que ver? Hago un paréntesis en mi relato porque nunca entiendo esta parte del diálogo. A ver si alguien sabe qué tiene que ver el café con lo caldeado que se encuentra el barrio. Yo pido que alguien me lo explique y me mande un mail. Aclarado esto, sigo.)

Almacenera: —¿No sabés? Al Moncho lo internaron.

Yo: —¿Quién es Moncho?

Almacenera: —Ése, el que es hijo de Juanita, que se casó con Pepita y se fueron para el Chaco. Viven bien ellos ahora.

Yo: —No lo conozco.

Almacenera: —¿Cómo no lo vas a conocer?

Yo: —No. No sé quién es.

Almacenera: —Si lo conocés, si es tu vecino... Está casado con la hija de la que atendía el video de la otra esquina y la prima iba al colegio con vos.

Bien, después de entender que esto iba a ser para largo, desisto. Parece que el café va a terminar siendo cena. Entonces opto por



hacerme la entendida así la almacenera no sigue con su interminable explicación genealógica.

Yo: —Ah, sí, ¡ya sé!

Pero, en realidad, no tengo ni idea de quién es Moncho ni todo el árbol genealógico de Moncho y todos los parientes que nombró. Ni mucho menos los conocidos de los conocidos de él. Yo no sé si la almacenera hace esto sólo conmigo, que quizás soy la única que me aguanto las ganas de mandarla a freír papas con los chismeríos de Moncho y todo su árbol. Son increíbles las ganas de informar que tienen las almaceneras. En el barrio, cuando queremos saber algo decimos: «andá a preguntarle a Crónica», haciendo alusión a la citada almacenera.

Siguiendo con el diálogo que quizás, finalmente, me lleve a conseguir el café que necesito, la almacenera ahora cambia de tema.

Almacenera: —¿No estuviste hoy?

(Ahí es cuando me empiezo a asustar.)

Yo: —No (con una risa nerviosa). Y mientras pienso: ¿cómo sabe?

Almacenera: —Vino un hombre a buscar a tu hermana hoy, tipo nueve. Como vos te habías ido a las ocho y todos los días que te vas en ese horario regresás tipo seis de la tarde, me imaginé que no estarías. Aparte, tu hermana ayer llegó como a las tres de la mañana y seguro duerme.

O sea, aparte de saber *tooodo* de todos, estas almaceneras indiscretas para mí se rotan. ¡Sí! Debe haber todo un batallón de informadoras que se rotan, con sus familiares o amigos, no sé, o tienen espías que trabajan para ellas. Deben hacer guardias para no perderse de nada. De otra forma no me lo explico. Tampoco quiero meter a todas en la misma bolsa, pero ya lo he consultado con otras personas y parecen ser muy frecuentes estos casos.

Consigna: Escribir un  
texto basado en una  
anécdota



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Vanesa Vieira

Él viene empujando todo, a veces molesto, incómodo  
Pero me gusta, viene trayendo un mensaje, murmuro  
Viene rompiendo con la aparente calma viene desestructurando  
Y me gusta, porque arrasa con las hojas viejas las mueve las hace  
bailar

Él viene siempre con energía, con cambios, trae ese aire de libertad  
Eso es lo que me gusta de él me despeina, me despierta,  
Me anuncia, viene rebelde, se oye aquí, se oye allá  
Me susurra a mí, te susurra a vos, a todos por igual

Consigna: Texto libre



Taller: Lectura y Escritura  
(2014)

No distingue, raza, religión, ni color  
Pero yo sí lo distingo a él, lo siento, lo huelo distinto  
Ese viento, es él, el que te trajo hasta mí, es él el que trajo ese olor  
Esa mirada casi como una foto, que automáticamente transforma mi  
cara

Vanesa Vieira

# Instrucciones para lavarse los dientes

Muchas personas realizan un ritual, todas las mañanas, llamado *lavarse los dientes*. A continuación, se pasará a explicar los pasos a seguir para realizarlo: lo primero que usted tiene que hacer en la mañana es levantarse de la cama, luego dirigirse al cuarto que se denomina *baño*. Una vez allí, encontrará una especie de fuente, en general de color blanco, y justo arriba una caja empotrada en la pared con un cuadrado plateado, eso es un espejo. Ubíquese entonces frente al espejo (no se asuste por el reflejo, luego del ritual mejora un poco) y abra la caja empotrada en la pared, que se abre hacia el lado donde está usted.

Para cepillarse los dientes usted necesitará de dos elementos. Uno es el cepillo de dientes (esto es un palito con cerdas de puerco), y el otro elemento es la pasta dental, una especie de poción mágica. Encontrará ambos en la caja empotrada (que es una especie de santuario con muchas pociones). Luego de encontrarlos, sujete con la mano que le sea más cómodo el cepillo y luego vierta la pasta dental, esto debe hacerlo en la parte de las cerdas. Con la boca cerrada haga una sonrisa con los dientes apretados, practique una sonrisa grande. Vierta una gota de agua en el cepillo y lléveselo a la boca, frótelo contra los dientes y se producirá una espuma. Repita la acción hacia arriba y hacia abajo.

Consigna: Escribir  
instrucciones para una  
tarea cotidiana



Taller: Lectura y  
Escritura (2014)

Recomendaciones: procure despertarse en la dormitorio, antes de ingresar al baño, ya que podría equivocarse de pasión y lavarse los dientes con crema anti-edad ( y no es muy recomendable ya que esta poción pertenece a otro ritual); si desea puede hacer caras mientras se cepilla los dientes; según los doctores de los dientes, si no se los cepilla a diario esto traerá graves consecuencias: dicen que los dientes se pueden fugar, o que las personas amadas se alejarán.

Vanesa Vieira

# *Cada uno se transforma en aquello que busca*

Cada uno se transforma en aquello que busca, se dijo Eulalia. Su marido se había ido de pesca con sus amigos, como todos los sábados de los últimos diecisiete años.

Ella ponía su mejor cara de «te extrañaré», cuando él, con sus cañas y el viejo atuendo de pescador, subía al camioncito y se alejaba.

Inmediatamente una sonrisa triunfal le ocupaba toda la cara. Corría a la pieza del fondo, abría el roperito y comenzaba a sacar sus tesoros. Los acomodaba sobre la cama, y los miraba con la misma ternura con que se mira a un niño.

Luego se desnudaba y comenzaba la transformación. Primero, el elaborado maquillaje, en el que no faltaban lentesjuelas pegadas bajo las cejas; luego, con cuidado, se colocaba la tanga bordada en pedrería, con motivos florales hacia el ombligo; le seguía el diminuto corpiño con flecos, que cubría sólo lo necesario; brazaletes, tobilleras, pulseras y collares a tono, y el casquete emplumado, que le cubría la cabeza y dejaba sus cabellos en libertad, completaban el atuendo.

Finalmente, pasaba por sus brazos el espaldar de magníficas plumas rojas; se calzaba los tacones de quince centímetros, y se quedaba mirándose durante un rato, haciendo mohínes y poses varias ante el espejo.

Luego, ponía a buen volumen música de samba, y comenzaba a danzar con pasos rítmicos y acompasados, acompañándose con movimientos sensuales de sus enjoyados brazos. A cada tanto afirmaba los pies, movía insinuante las caderas y el vientre. Si bien dejaba que el tiempo se le hiciese humo, Eulalia nunca pensaba en cuántas horas de sus sábados pasaba siendo ella misma, pero le alcanzaba para ser feliz el resto de la semana.

Consigna: Escribir a partir de la frase «Cada uno se transforma en aquello que busca»



Taller: Escritura Creativa (2015)

María Vignoni

# Me gustan las rosas azules

—Me gustan las rosa azules —contestó el pequeño emperador, cuando le preguntaron qué era lo que más le gustaba. Y se durmió.

Trataron de despertarlo pero no lo lograron. Entonces, para aprovechar el tiempo, comenzaron a aprontar, de bellas maneras, los tesoros que traían desde los confines más remotos de la Tierra.

El representante de Alkasejnur desplegó sus brocados en oro, verde, rojo y violeta. Extendió las sedas chinas que aún conservaban la humedad del rocío, ya que se fabricaban a la intemperie. Alisó los terciopelos, y diseminó, alrededor del trono del durmiente, infinitos hilos hechos con el polvo de las estrellas que pierden el rumbo.

El embajador de Usjasán colocó, sobre las medias columnatas que rodeaban las escaleras, los cofres llenos de esmeraldas brillantes y opacas, rubíes engarzados en cadenas de gotas de lluvia, diamantes pequeños tallados por escarabajos opalinos, y perlas aún custodiadas por sus ostras de nácar.

La embajadora de Elesinyar, con cuidado, sacó de sus jaulas a las aves del paraíso, con sus pecheras verdes y copetes de oro, acarició las plumas del tocado rojo de la amazónica real de un solo ojo, e intentó perseguir a los colibríes enanos que la seguían a todas partes pero jamás se dejaban alcanzar.

Todos confiaban en que el pequeño emperador elegiría sus obsequios, lo cual era señal de buenaventura para sus países.

El pequeño comenzó a desperezarse y mirando en torno sonrió con una mezcla de sorpresa y gratitud. Bajó del trono, caminó con sus pasitos de pichón entre los tesoros. Los tocó apenas, como si quemaran, y volvió a su trono. Cuando le preguntaron qué era lo que más le gustaba respondió:

—Me gustan las rosas azules.

Y se durmió.

Consigna: Completar la frase «Me gusta...»



Taller: Escritura Creativa (2015)

María Vignoni

# El corazón en la boca

Ya me lo habían dicho y no quise escuchar. Todas las mamás hablan de eso, pero yo no lo creía. Te va a pasar, decían las de más experiencia, es cuestión de tiempo.

Hoy le puse su pintorcito verde, con su nombre bordado en naranja en el bolsillo. Le peiné el flequillo y le di la bolsita con el cuaderno de comunicaciones, el vaso y el alfajor. Caminamos conversando naderías hasta que llegamos. La seño Mara salió a recibirlo y con un beso grandote lo invitó a pasar. Antes de que se cerrara la puerta, mi chiquito se dio vuelta y me dedicó una de sus intensas miradas.

Me fui, pensando que está bueno que los nenes empiecen el jardín, pero camino a casa el corazón comenzó a subírseme por el esófago. Con dolor, le facilité el ascenso intentando no tragar. Casi no podía respirar. Mi boca estaba enorme y me dolían los carrillos.

Llegué a casa y me senté en una silla, al borde de la asfixia. Me consolé diciéndome que todo volvería a la normalidad dentro de dos horas.

Aún no ha sucedido.

Consigna: Tomar de manera literal un dicho



Taller: Escritura Creativa (2015)

María Vignoni

# Queremos tanto a Julio

¡Por su culpa mi vida se ha convertido en esto!

No puedo ni abrir la boca cuando voy caminando, porque temo que un conejito se escape de ella a toda velocidad. Si veo un bebé por la calle, sólo logro que su mamá huya de mi lado con el niño. Claro... por qué pensar bien de una mujer que se inclina hacia un bebé diciéndole: «¡Hola, Rocamadourcito!».

Ya no me invitan a las casas con jardín, ni a las quintas, cansados de que al entrar invariablemente pregunte: «¿en qué habitación encerraron al tigre? ¿alimentaron a las mancupias?» Y al caer la tarde: «¿cuándo matamos a las hormigas?».

Si tengo que comprarme ropa, jamás entro en las casas que venden pulóveres. No sé cómo reaccionaría ante la vista de un pulóver azul.

No puedo ver pasar un tren, sin pararme y representar, lo mejor que puedo, una estatua o una actitud. Me salen bien la Voluntad y el Desengaño. Y si tuviese a mano los ornamentos, o un vestido rojo, me encantaría hacer de ménade.

Vaya a donde vaya me pierdo, porque aunque tenga que ir hacia el norte, siempre tomo la autopista que va al sur. A los motociclistas que se descuidan en los semáforos les grito: «¡Ya te van a sacrificar boca arriba con un cuchillo enorme!».

Cuando alguien me besa, me desilusiona comprobar que no tiene la boca llena de flores ni de peces. Y si me preguntan «me querés», no puedo contestar otra cosa: «Sí... pero más quiero a Glenda».

Y mil cosas más me suceden. Cosas que sólo unos pocos pueden comprender. Solo querría que algún día usted se acercase, y desde su increíble estatura, me dijese arrastrando las erres: *Hola, cronopia, te invito a mi isla al mediodía. Después del almuerzo podemos dar una vuelta al día en ochenta mundos. Luego debemos volver rápido, aprovechando la orientación de los gatos. Hay muchas cosas que podemos perdernos... salvo el crepúsculo.*

Consigna: Escribir sobre  
tu escritor favorito



Taller: Escritura Creativa  
(2016)

María Vignoni

Año a año se cuentan de a cientos los egresados de las distintas carreras de grado de la Universidad Nacional de La Plata. Cada ocasión es una nueva excusa para celebrar.

Se dan cita en estas oportunidades los familiares y amigos, compañeros y profesores de la víctima, también conocido como el recibido.

Los nervios cumplen un rol protagónico en los humores de todos los presentes, congregados delante de la puerta del aula donde en minutos más se dictará la sentencia y el afortunado, o condenado, saldrá con los brazos en alto, una gran sonrisa y lágrimas en los ojos a recibir la alegría y la furia de sus seres queridos.

Acto seguido al momento emotivo, comienza la descarga sin piedad del júbilo contenido sobre el recibido, en forma de huevos, risas, harina, gritos, vinagre, podredumbre, canciones, espuma y demás desperdicios. En los peores casos la inmundicia es acompañada por sendos mecanismos de tortura, como golpes, proyectiles de banditas elásticas o lluvia de ácido y excrementos. Y en última instancia el infaltable corte de cabello con tijeretazos despiadados, completando la imagen del ridículo. En cuestión de minutos el recibido se encuentra irreconocible bajo una gruesa y pegajosa capa de amor y alegría.

Las demostraciones de afecto no terminan aquí. Por el contrario, aún resta la odisea por la ciudad. Se dispone una caravana de autos para transportar a toda la comitiva. En el baúl del primer auto se sienta el homenajeado, adornado con carteles y todo tipo de collares y gorros de cotillón.

Así comienza un agradable y fresco paseo al aire libre por las calles de la ciudad. Para que nadie se pierda las buenas nuevas, la caravana se acompaña con estridentes bocinazos, cornetas, música y griterío, a los que se suma el apoyo de los transeúntes, que no dejan de felicitar al nuevo profesional con sus aplausos, y del resto de los automovilistas con sus bocinazos.

Como se trata de un suceso típico y simbólico de nuestra ciudad, no hay mejor lugar para concluir la caravana que en la tan simbólica catedral. Ése es el destino último de nuestro paseo festivo, donde los presentes se despedirán hasta la próxima recibida.

Consigna: Redactar un artículo de costumbres



Taller: Lectura y Escritura (2016)

Agustina Zerial



Este libro digital se terminó de realizar en el mes de febrero del 2017. Para su confección se utilizaron las fuentes Lato Medium (cuerpo del texto), Tagettes (títulos) y Candara (texto de las consignas).



Cuenta con versión en EPUB y se puede descargar libremente, bajo licencia CC-BY-SA, del repositorio institucional central (SEDICI) de la Universidad Nacional de La Plata, República Argentina.